

***POESÍA CUBANA
DE AMOR
SIGLO XX***

Selección y nota introductoria
de Luis Rogelio Noguerras



EDITORIAL LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE LA HABANA, CUBA, 1983

Edición: Juan N. Padrón
Cubierta: Régulo Cabrera

©Todos los derechos reservados
©Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1983

EDITORIAL LETRAS CUBANAS,
Palacio del Segundo Cabo,
O'Relly 4, esquina a Tacón
Ciudad de la Habana, Cuba

SÓLO UNAS PALABRAS...

Sólo unas palabras, para no demorarte el placer de leer lo que aquí se ofrece en abundancia: versos de amor.

De ninguna manera esto es —strictu sensu, como suele decirse— una «antología». En venideros años, críticos autorizados harán seguramente esa nutrida y rigurosa compilación de la poesía amorosa del siglo XX que tanta falta le hace a nuestra bibliografía. (Desde ya doy por descontado que en ella se recogerán textos que, por su extensión o mi desconocimiento, no ofrezco ahora a la consideración de los lectores, y también, ¡ay!, que serán extirpados sin miramientos sentimentalistas —como debe ser— otros que aquí aparecen, y cuya inclusión sólo puede explicar diciendo sencillamente que me gustan.) Vendrá, sí, ese austero, implacable y acaso definitivo ajuste de cuentas; pero en lo que llega, me he atrevido a romper monte juntando en un tomito manuable algo más de 150 poemas, escritos —y vividos— por 89 poetas cubanos en lo que va de siglo.

Vistos en su conjunto, estos textos evidencian una vez más el lugar destacado que Cuba ocupa, en lo que a lírica amorosa se refiere, dentro de las literaturas hispanoamericanas. Sin chovinismos estrechos, me atrevo a afirmar —o a repetir, pues ya otros lo han dicho antes— que no son muchos los países de nuestro continente que pueden exhibir, en una misma centuria aún inconclusa,

poema de amor de la calidad universal de los de Boti, Tallet, Guillén, Ballagas, Feijóo o Diego, para sólo citar algunos nombres. Evidencian también que, sin una sola excepción, todos los poetas cubanos de significación cuentan, entre sus cinco o seis poemas más felices, alguno dedicado a los asuntos del corazón, acaso porque en nuestra isla, amar es un acto perfectamene natural como tomar el sol.

Los que tengan menos de 20 años están autorizados a considerarse los verdaderos destinatarios de este libro. Los mayores de 20 (que también, por supuesto, están invitados a la fiesta), seguramente coincidirán conmigo en que no sólo son los adolescentes quienes más necesitan estos versos nacidos de ese sentimiento extraño, imprevisible y común, gracias al cual se perpetúa la raza humana, sino también los que mejor aman.

Estoy convencido —¿quién no?— de que la poesía de amor (o la Poesía en general) no es vieja ni nueva, sino buena o mala. «Amor constante más allá de la muerte» o «Nocturno y elegía» son más actuales que muchos suspiros de cartón-piedra con los que, ahora mismo, alguien anda arañando por ahí una cuartilla. Vivos y muertos, viejos y jóvenes: a todos he querido mezclar en este libro en un mismo y contemporáneo concierto. Eso explica el desorden cronológico en el que aparecen los poetas. Los puristas del método no van a perdonármelo ¡Qué le vamos a hacer!

Por último, quisiera explicar por qué este «catauro» abre y cierra con versos de dos talentos literarios que truncó la muerte en plena primavera: Olguita Alonso y Juanchito Alvarado. Ninguno de los dos

alcanzó siquiera los 20 años. Ambos cayeron —en distintas circunstancias y en distintos años— por la Revolución, que es como decir por la raíz misma del amor y la poesía. Y ¿qué menos podemos hacer en homenaje a sus puras, hermosas y brevísimas vidas, que otorgarles el modesto privilegio de abrir y cerrar las puertas de este libro?

Y, sin más preámbulos, «amor, condúcenos...»

LUIS ROGELIO NOGUERAS

OLGA ALONSO

POEMA

ahora
que el papel ha perdido su forma
y se alarga a cuatro lados
pienso en tu imagen
inalcanzable
como el límite infinito
de este papel
te amo
como la cicatriz
que crece en la flor del sol
te recuerdo

MANUEL NAVARRO LUNA

VIENES DEL AMANECER

¡Vienes del amanecer
con los párpados tan rojos...!
¡Como ha llovido en tus ojos
no he visto nunca llover!
¡Vienes del llanto, mujer...!
¡Y, por eso, tu alegría,
tras de una larga agonía
vendrá en un largo derroche...!
¡Ha de andar toda la noche
quien quiere llegar al día!

Tiempos mejores vendrán
para ti; pero, entre tanto,
parte conmigo tu llanto,
tú, que partiste tu pan.
Mis manos restañaran
las heridas que tú tienes.
De manera que si vienes
a la paz que te construyo,
yo he de ser, al lado tuyo,
los latidos de tus sienas

Sé que te invade la muerte
con su noche sin calor
y que a no ser el dolor

ya nadie quiere verte.
Y fue tu luz, siempre, fuerte,
ahora en tu pecho apagada
la generosa mirada
que halló todo peregrino
al pasar por tu camino
con su lámpara cansada.

Pero está bien. Incorpora
tu corazón en mi pena.
Y que corra por su arena
tu lágrima abrasadora.
Y llora, querida, llora
el dolor que no mitigas.
Haz con lágrimas las migas
para el pico del quebranto
mientras amanece el llanto
sobre las muertas espigas.

NADA

Si crecieran tus ojos,
acaso podrías ver un arco de agonías
alzarse en la eternidad de la rosa;
si crecieran tus manos,
¡con el cántaro de oro que construyen mis sueños
tal vez podrías coger el agua de su sombra...!

¡Pero, no!
Tus ojos son las misma desveladas luciérnagas;
¡tus manos son las mismas ramas que te persiguen,

son su ansiedad de espinas rencorosas y amargas...!

¡Ven...!

¡Y mi voz se hace negra
sobre las nubes lastimadas
sobre las estrellas perseguidas...!

¡Nada!

¡Jamás me conociste
y siempre odiaste a mis nobles camaradas...!

¡Tú estabas demasiado lejos de mí agonía,
demasiado distante de mi desgarramiento...!
¡Lejos...! ¡Tan lejos siempre...!
No eras una mujer, sino tan sólo un nombre;
no eras más que el vestido de una rama,
que el encaje de un sueño,
¡que la muerte, con muertes, de algas...!

¡Ni siquiera un recuerdo...!

¡Ni siquiera el latido de una flor desmayada...!

¡Nada...!

¡Nada...!

RAÚL RIVERO

DONDE CLAMO POR ÁNGELA

*Y te busqué por pueblos,
Y te busqué en las nubes*

JOSÉ MARTÍ

Ángela, me dabas fiebre
me moría recorriendo tu cuerpo lleno de sobresaltos
y palabras inimaginables a tus catorce años.
Ángela, me hacían temblar tus piernas prodigiosas
tus senos con sabor a chocolate
duros
como marcando un precipicio por el que me hundía
increpado violentamente por tu demagógica inocencia.
Ángela, qué será de mí este sábado en que te invento un
rostro

te llamo por tus apellidos a lo largo del malecón
registro cines, parques
y no encuentro siquiera la sombra de tu sombra.
Ángela, cómo pasan los meses
cómo te me has ido desvaneciendo
el tiempo es un animal revolcándose en tu piel
rompiéndola.
No dejes que te acabe
regresa
vuelve a vivir conmigo.
Ángela amor, hija de la gran puta
vuelve a darme tu fiebre.

PRACTICAR EL OLVIDO

Admiraba tus ardides
que lo hacían un personaje turbio
que el recorrido del ascensor
en la alfombra suave y confortable del vestíbulo
en la puerta marcada con el número cinco
y en las figuraciones de tus niños
que lo confundían con un profesor de alta cocina.

Cada noche llegaba a tu refugio
y pasaba con cautela hasta el balcón
a ver el mar
a pensar que los sorprendían
desnudos y riendo en esa suerte de danza
que los llevaba del comedor a la escalera
a esperar que encendieras tu sexo
con su tenacidad.

Pero pasó aquel año
el amor y la espera
apareció el invierno
y con él regresaba
eso que tú solías
llamar vida de perros
de mujer sojuzgada
de ausente, ambigua
vulgar ama de casa
que trata de ocultar
(en el sosiego de su hogar apacible)

esos tenues golpecitos en la puerta
esa sombra que pasa hacia el balcón
que flamea en la luna redonda de tu espejo
en la alfombra
en la escalera
y en las tristes figuraciones de tus niños.

JOSÉ Z. TALLET

POSIBILIDADES

Tú ignoras que yo te quiero
y tal vez nunca lo hayas de sospechar,
aunque eres para mí las estrellas, el claro de luna,
el alba, el ocaso y todo lo demás
que amaban los románticos del buen tiempo viejo
y que ya no se usa...

Es cuestión de categorías
y tú estás
varios peldaños más arriba...
Y yo no podré subir y tú no querrás bajar
(o no e dejarán bajar).

Por eso no puedes tener la más leve sospecha
de que cuando te miran, mis ojos, ávidos, te besan,
y como nunca, nunca lo sabrás,
sólo soy para ti uno de tantos amigos a quienes se dice:
«Buenas noches, Fulano, ¿cómo sigue
de su catarro?» o poco más

TAEDIUM CARNIS (Fragmento)

«Detrás de cada seno erecto está el hastío»,
melancólicamente dijiste, ¡oh, Marinello!

Bien, pero el adorable origen de tu hastío
(y esto en óptimos versos ya lo dijo Darío),
de la existencia, acaso, es sólo consuelo.
Hastío, ay resignado del que quiere y no puede
por material hartazgo apurar un torrente
de ambrosía (de nuevo se inmiscuye Darío).
Hastío, alto en la ruta para tomar aliento,
pausa forzosa del deseo.

¡Oh, el deseo supremo!
¿Hay algo comparable, Marinello,
a la paralizante carcomilla
que, naciendo del vientre,
poco a poco se extiende
por todos nuestros miembros
ante los inefables, calipigios meneos
de la ebúrnea o ebánica ninfa
que, transeúnte, nuestra vista hiere
y se aferra al cerebro,
desalojando todo otro pensamiento?

Entonces es la fiebre
del máximo deseo;
cuando ansiamos el bíblico conocimiento
de todas las mujeres:
desde la impúber que la pierna nuda enseña
hasta la matrona de vacunas reminiscencias;
¡ser el dios Pan en los clásicos tiempos
y cabalgar a todas las centauresas!

Y puesto ya en el categórico disparadero,
el mismo inmundo légamo nos parece divino,

y en Lesbos, solamente *percibimos*
la armonía de las líneas entrelazadas
y la entrecortada ritmia cálida
de los voluptuosos suspiros salaces;
y ante el efebo antiguo, de suavidades mórbidas,
hay una abyecta tolerancia para Sodoma,
que justifican Sócrates y Alcibíades;
y pensamos en el mítico minotauro
con el bestial anhelo de ser su padre.

ESTROFAS AZULES

Pasé junto a mi dicha y la pisoteé sin
conocerla...

(No me acuerdo quién.)

Estrellita que te escondiste
tras las nubes de mi fatuidad,
en mi lóbrega noche sin alba,
¿nunca volverás a brillar?

Gota de agua que resbalaste
sobre mi pecho de pedernal,
mis labios resecos de angustia,
¿te negarás a refrescar?

Báculo fuerte que en el camino
arrojó lejos de mi vanidad,
mis torpes e inciertas pisadas,
¿no más sostén en ti hallarán?

Hoguera que hora nefasta
apagó mi locura brutal,
la tristeza polar de mis días,
¿no tomarás a calentar?

Laúd cuyas cuerdas de plata
rompió una a una mi liviandad,
tus notas dulces mis oídos,
¿jamás de nuevo alegrarán?

Nardo de aroma delicado
que holló mi tonta ceguedad,
mis grises minutos vulgares,
¿no volverás a perfumar?

Hiedra que agotó el granizo
de mi incomprensión contumaz,
al tronco rugoso y sombrío,
¿ya tu verdor no adornarás?

Ósculos suaves, frases pueriles,
que desdeñó mi necedad,
vuestra ternura y mi dureza,
¿nunca otra vez regalará?

Carne que mi impulso másculo
tan dócilmente sabía vibrar,
bajo el estímulo de mis besos,
¿jamás tornarás a temblar?

Tú estabas dentro y no te veía,
oculta por mi veleidad.
Llovió una noche y se vino a tierra
la torre de mi fatuidad.
Pero sugeriste hecha pedazos,
sin fe, esperanza... ¿y caridad?
Por mi ceguera y mi estulticia,
¿lo que ya fue, no será más?

Y para mí... incertidumbre; tiniebla,
sed, frío, mudez, soledad...
¡Mi vida por un solo beso,
o por una puerilidad!

Y para mí... la noche sin alba,
y dando tumbos, andar, andar...
con un trozo de hielo en el pecho
que... ¿más nunca se derretirá?

MARILÍN BOBES

26 DE NOVIEMBRE DE 1977

Carta donde dices que el amor no se consigue
llega como un fantasma insomne dentro de la noche
a mitad del día cuando estamos acodados en cualquier
parque
y tratamos de perpetuarnos en las gotas de lluvia
que aprehenden este diálogo
lo transportan tal vez a esa parte del idioma
a donde no hemos llegado aún distraído como estamos
bajo el contacto de la piel y todo ese follaje de miradas
lugares hermosos comunes en veinte cartas y una flor
patrimonio por todo recuerdo y tú andando a completo
albedrío
por la memoria de la cual conoces el escondrijo
pensamiento sutil la entretela ciertos límites dominados
de ahí hacia fuera sólo la sombra en el cristalino
puede delatar la tristeza que siento
mientras cito mentalmente los poemas de Salomón
y me parece este minuto el final de mi cuerpo
y tu nombre
el último soplo vivo de mi boca.

CINTIO VITIER

UN GOLPE DE RECUERDOS TE MODELA

Un golpe de recuerdos te modela
como a la nube el soplo imprevisible.
¡La música y la enamorada tela
que cruza por tus ojos! Suprimible

y oscuro lo demás, aquí te espera,
frente a mi vida absorta o despiadada,
un país al que vuelves, pasajera
del eterno sabor de tu mirada.

—¿Será tú lo que miro? ¿Y a qué sombra
de tu soñar inmóvil pertenece
la antigua calidad en que te abismo?

Pero de pronto en mí tu voz me nombra
como un golpe de rara luz que acrece.
¡Oh música y milagro de lo mismo!

A MI ESPOSA

Ahora que empieza a caer, del cielo
de nuestra vida, que sólo nosotros podemos ver,
profundo, estrellado, carne y alma nuestra,
ese polvillo sagaz en tu nocturno pelo,
ahora que el lápiz finísimo, grabando
una medida sagrada, una cantidad misteriosa
del vino que sube en la jarra de la ofrenda,
empieza a trazar, junto a tus ojos, vivos
como ciervos bebiendo agua extasiada,
junto a tus labios que han dicho todas las palabras
que adoro,
las huellas del tránsito de nuestra juventud,
ahora, lleno de un fuego y de un peso de amor que
desconocía
porque estábamos engendrándolo secretamente en
nuestro corazón
y es algo mucho más terrible y precioso que el amor
que diariamente conocíamos,
ahora, mujer, ahora, destinada mía,
es cuando quiero hacerte un canto de amor, un
homenaje,
que dice únicamente así: Te amo, lo mismo
en el día de hoy que en la eternidad,
en el cuerpo que en el alma, y en el alma del cuerpo
y en el cuerpo del alma,
lo mismo en el dolor que en la bienaventuranza,
para siempre.

JOSÉ ÁLVAREZ BARAGAÑO

ILUMINACIÓN

Cuando la golondrina se le escapa al cerezo,
Te me vas, vida mía, a incluirte en todos los viajes,
En las velas retóricas de los puertos alumbrados,
Soplando el polvo enamorado de los atardeceres
Y tendida como un cristal en olvido.

Ya tú sabes la fragancia del amor y corcel de primavera,
Tú has vivido el color de oro viejo de las antiguas
Lenguas y las declinaciones recientes de la rosa,
Ya no te queda nada que tocar ni ver
Y sólo te hacen falta unos ojos teológicos
Que levanten sobre la cáscara de tu piel
Las antiguas creencias, como uno de esos ácidos
Que reviven las letras
y las cifras en los cristales antiguos.

SONATA

La llama ha regresado con su temblor
al madero,
las cosas tiemblan
y hay una timidez que envuelve cada cosa,
cada destino
por el que un hombre tiembla,
otro da un palpitante gemido,
y en los que al fin la luz se cristaliza,
si no perpetuamente rica
de bordados tallos,
de transparentes espesores.

Ya no existe en mi anterior aurora,
ya nada,
ni hogar,
ni una mujer puede llamarse novia,
ni tú en tu lejanía de tediosa transparencia
y brisas cargadas de heliotropos
me perteneces,
hoy mi mujer es todo lo que tiembla.
Y cuando algo se corta en el aire
como la cuerda de un instrumento ignorado,
las cosas me regresan,
procuro ser tan mío,
tan futuro,
tan presente
que me estremezco en la inmediata claridad
de los acantilados.
Y me apago como una llama tocada por una nota.

CARILDA OLIVER LABRA

ES UNA CARTA DONDE DIGO: AMADO

Es una carta donde digo: amado,
y después otras cosas en que exploto.
Es una carta simple, con un loto
y la letra del ángel dominado.

Es una carta donde digo: usado
por este corazón que juega roto.
Es una carta azul donde te boto
y más tarde te encuentro enamorado.

Es una carta, sí, con que te entrego
esta ilusión (palabra mentecata).
Es una carta donde digo: luego;

pero entonces abjuro en la posdata,
y firmo de inmediato con el fuego
porque es mucha la vida que me mata.

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

RECETA DE AMOR

Tómese un par de corazones,
2 corazones grandes y completos.
2 corazones donde quepan la ternura, la cólera,
la alegría, el dolor, el error,
la pasión más absolutamente desmedida
y todo el desconcierto.
(Parecerá, a primera vista, que se podría prescindir
de algunos de los ingredientes; pero una vez que se
prueba
el resultado, se advertirá que no hay nada superfluo.)

Mézclense bien;
añádase a los corazones —claro está—
cualquier otra porción decisiva de sus dueños
y póngase a hervir en su propia sangre
sobre un fuego muy lento.
Si los corazones son de primera clase como se
recomienda,
resultan francamente innecesarias las especias, pero si
se desea
puede añadirse una pizca de cerveza, una canción o un
verso
después de que la sangre esté caliente.

El tiempo de cocción es muy variable, por eso
el guiso ha de probarse repetidas veces.

Sírvase en raciones grandes pero diseminadas
y cómase de manera despaciosa, lujuriosa, reflexiva e
intensa.

No se requieren peculiarmente favorables condiciones
de ambiente;

al revés, este plato exquisito, caprichoso,
cuece mejor si arde la llama
en dirección opuesta a la del viento.

Protéjase, eso sí, de las miradas de la gente.

Si sus propósitos son otros, sencillamente, espere:
la receta de matrimonio se publica
la semana siguiente.

ELISEO DIEGO

LA MUCHACHA

Mirar a una muchacha refresca,
como el olor de una rosa la tiniebla
pesadamente infinita del aliento.
Mirarla es como mirar una palma,
esbelta madre joven
y bendición criolla de las noches diáfanas.
Crecida en sombras de las vegas,
la muchachita vegetal, con la toca
de serenísimo hilo, por el aire
conocedor del Domingo mencionada.
Mientras la iglesia en imagen te aquieta,
dulce aroma del tiempo, hija del hombre,
mirarte es un orgullo melancólico.

RETRATO DE UNA JOVEN, Antinoe siglo II

Inquieta, inmóvil, suave, suplicante,
tú nos estás mirando en tus ojos rasgados.
Tú eres su asombro, su color, su forma de almendra,
tú nos estás mirando en tus ojos rasgados,
¿Qué viste, di, sin verlo, no más hace un segundo,
entre el ir y venir de tu madre y la esclava?
¿Qué viste, sin saberlo, justo antes
de mirar al pintor y a través de sus ojos
mirar desde la tabla? ¡Un resquicio
tan pequeño del tiempo, apenas
el ansia de un moscardón o el grito de una pájaro,
y ya
la fuente se ha secado! El patio todo
se arrugó como una flor, voló en minucias,
y tú no te das cuenta, mira y mira, muchacha
suplicante. Ya es inútil volver, ya no te esperan
se acabó el circo, la ciudad, fría la cena,
ya es inútil volver: te atrapó el Arte.

JUAN MARINELLO

DÍA

1

Como que esta mañana
—oro gozoso sobre las viejas azoteas—
es más alegre en nuestros pechos jóvenes
(parece que tu mano hace un rato ha nacido)
echemos alegría en la mañana

2

Como en la tarde tiembla
el vencimiento de su luz
—ansiedad del momento
que emigra— empapa ahora
de ese temblor de tarde tus ojos insaciados,
habrá en tu beso luego
—quieto beso de luz de tus pupilas—
como un presentimiento de no besar mañana
que hará más largo el beso

3

¿Verdad que no oyes bien
la música de las estrellas?
(ya llegará la noche sin fronteras)

—ni aurora ni crepúsculos—
y escucharás mejor.)

Ahora tiene tus manos

—¿Tocaste aquel regato que es un chorro de luna?—,
ahora tienen tus manos
un rumor de caricias
que rompe al canto unánime.

ORO Y ALA

Tus manos pusieron ala
al oro de mis silencios.
¡Oro de mi soledad
que ahora te vas en el viento!

Volvamos a la montaña:
¡Ya hay alas en sus senderos!

La mañana dio sus oros
presos en su propio incendio,
la noche el oro transido
de espectaciones y miedo.
¡Dolor del oro cautivo!
¡Ya tienen alas mis oros!
¡Vamos, vamos al silencio!

SONETO IMPERFECTO PARA LA FRENTE DE PEPILLA VIDAURRETA

Aquella frente tuya, rumorosa,
hecha de luna y caracol marino
fue la dueña absoluta de la rosa
cuando emprendimos, juntos, el camino;

aquel erguido vaso peregrino
que encendió su presencia numerosa
ante cada dolor, y a toda cosa
impuso la pasión de su destino,

es esta misma frente conmovida
y quieta en su clamor, lumbre nacida
de las sombras mortales de la hora,

que vuelve en tiempo y luz y en alborada
toda flecha enemiga disparada
sobre su fiel planicie vencedora.

JESÚS ORTA RUIZ, EL INDIO NABORÍ

POEMA DE TUS MANOS

Tus manos son dos nardos que mi boca
ensortija de besos. En tus manos,
transformóse el manajo de mis penas
en manojos de cantos.

Cuando acarician mi cabeza negra
hay en mi frente pensamientos blancos.

Surgieron en el mar de mi agonía
y se tendieron en mi sueño náufrago.

Y no son manos consteladas —iris
de zafiros, diamantes y topacios—:
son manos que adornaron las virtudes
con las ásperas joyas del trabajo.

Deja verlas, Amada. Que mis besos
endulcen el dolor de tu cansancio
y déjame anunciarte que el mañana
es una blanca redención de nardos.

POEMA DEL ÁRBOL

Amor, mira esos árboles... ¡Qué viejos y qué fuertes
agrandan sus raíces con los años!

En ellos, como frutas maduras, caen los siglos
y parece que el tiempo se empeña en amarrarlos.

Aquí bajo la verde bondad de sus ramajes,
cuántos se habrán amado.

Cuántos habrán herido con nombres estos troncos
y acaso no recuerdan los nombres que grabaron.

Porque el amor un día, si la vida lo quiere,
como un pájaro loco se nos va de las manos...

Y este amor tan inmenso que no cabe en la tierra
no debe ser espuma ni viento ni relámpago.

Es triste que no deje sobre el corto camino
ni siquiera una huella de sus pasos.

Por si no viene un niño, vamos, abre la tierra,
coloca una semilla en el terrón mojado,

repite un juramento sin palabras
y sembremos un árbol.

DOMINGO ALFONSO

SONETO

Esta mujer que amo... y no me ama,
por amar a quien nunca la ha querido,
este humo que tanto he perseguido
y que escapa de mí cual de la llama.

Esta agua de azucena que derrama
en la sed que por ella nunca ha ardido,
ni arderá alguna vez, y no ha podido
derramar en la boca que se inflama.

Esta mujer que me persigue huyendo
y en vano el horizonte persiguiendo;
este cielo distante de mi senda,

este juego de amor, que no comprendo,
esta mujer a quien la vida ofrendo
y que acaso no valga ni la ofrenda...

NORBERTO CODINA

UN POEMA DE AMOR SEGÚN DATOS DEMOGRÁFICOS

El próximo domingo seremos cuatro mil millones.
En el nido transparente de tus manos
deposito el secreto de la especie
donde tú vienes con cuatro mil millones,
sola con cuatro mil millones,
mía con cuatro mil millones.
Traes, como mi madre,
la lluvia y la muerte del universo
porque conmigo también esperan los otros,
los que quieren seguir multiplicándose,
los que se reparten el secreto y la ternura
en el nido transparente de tus manos.

En mil ochocientos cincuenta no éramos tantas
personas
y había hambre,
un hambre, mi amor, hereditaria.
En el año treinta, éramos apenas la mitad
de hoy,
y había hambre;
agotado el caldo de postguerra,
mi madre estudiaba de enfermera.
Y en Berlín, en Roma, el mundo se enfermaba.
Treinta años después
éramos dos niños satisfechos
y con desconocimiento de las caravanas de arroz

asaltadas por el miedo del hambre que se arrastra.
La población del globo terráqueo
ascenderá este domingo a cuatro mil millones de
habitantes.

¿El globo terráqueo no es el globo de tu vientre,
de tu vientre rosado y nuevamente estrella,
de tu vientre alegría de vivir,
de tu vientre como una casa,
una campana donde escucho desesperado
cada día en el origen de miles de personas
el tañido del hambre?

Se supone que en el año ochenta
seamos tantos como en ninguna otra época,
tantos y tantos y tantos
que afortunadamente habrá menos paciencia.
Y un día el hambre, mi amor, será una página olvidada
y no como hoy un poema de enamorados y millones,
y no como hoy un poema de dos y un poema de
esperanza,

sino la marcha seguramente
de los nuevos habitantes,
de los miles de millones de enamorados
que estudiarán a modo de curiosidad:
«En el año de 1976
cuando éramos apenas cuatro mil millones
se escribió un poema de amor con la palabra hambre.»

LUIS LORENTE

DECLARACIÓN DE AMOR

Hacia ti me lleva cualquiera de los puentes,
caminos, guardarrayas para levantar la torre hasta
las nubes.

Para hacer del amor lo nunca visto,
el gesto que inclina la arboleda, las espigas, los granos,
los signos que fueron consultados en el amanecer
antes de dar al traste con los puentes, caminos,
guardarrayas.

Hemos traído el orden de la mesa
y en el silencio la mirada impestañable y alta.
Una fuerza en donde se concilian la fuerza de los bueyes
con la nuestra. El rumor de las cañas que evocan al
mambí
y las lunas que encienden a bayamesas legítimas,
lindísimas cubanas que le desprenden las furias y las
penas
al que le canta, al que loco les deja pedacitos de vida
ante sus pies.

Qué párpado se cierra ante el amor.
Cómo voy a dejar de asistir a celebrar tu cuerpo
guardada del sinsonte en donde escucho nuestra
germinación.

Cómo voy a dejar de comentarte mientras me
cicatrizo
si en ti es donde me hago y donde desaparezco.
Que me vuelva la muerte cuando te estoy amando.
Que organice la ronda y la cante
porque somos continuadores de la acción.
Entre tus pechos y el mío se repiten señales.

EMILIO BALLAGAS

NOCTURNO Y ELEGÍA

Si pregunta por mí, traza en el suelo
una cruz de silencio y de ceniza
sobre el impuro nombre que padezco.
Si pregunta por mí, di que me he muerto
y que me pudro bajo las hormigas.
Dile que soy la rama de un naranjo,
la sencilla veleta de una torre.

No le digas que lloro todavía
acariciando el hueco de su ausencia
donde su ciega estatua quedó impresa
siempre al acecho de que el cuerpo vuelva.
La carne es un laurel que canta y sufre
y yo en vano esperé bajo su sombra.
Ya es tarde, Soy un mudo pececillo.

Si pregunta por mí, dale estos ojos,
estas grises palabras, estos dedos:
y la gota de sangre en el pañuelo.
Dile que me he perdido, que me he vuelto
una oscura perdiz, un falso anillo
o una orilla de juncos olvidados;
dile que voy del azafrán al lirio.

Dile que quise perpetuar sus labios,
habitar el palacio de su frente.
Navegar una noche en sus cabellos.
Aprender el color de sus pupilas
y apagarme en su pecho suavemente,

nocturnamente hundido, aletargado
en un humor de venas y sordina.

Ahora no puedo ver aunque suplique
el cuerpo que vestí de mi cariño,
me quedé fijo, roto, desprendido.
Y si dudais de mí creed al viento,
mirad al norte, preguntad al cielo.
Y os dirán si aún espero o si anochezco.

¡Ah! Si pregunta dile lo que sabes.
De mí hablarán un día los olivos
cuando yo sea el ojo de la luna,
impar sobre la frente de la noche,
adivinando conchas de la arena,
el ruiseñor suspenso de un lucero
y el hipnótico amor de las mareas.

Es verdad que estoy triste, pero tengo
sembrada una sonrisa en el tomillo,
otra sonrisa la escondí en Saturno
y he perdido la otra no sé dónde.
Mejor será que espere a medianoche,
y a la vigilia del tejado fría.

No me recuerdes su entregada sangre
ni que yo puse espinas y gusanos
a morder su amistad de nube y brisa.
No soy el ogro que escupió en su agua
ni el que un cansado amor paga en monedas .
¡No soy el que frecuenta aquella casa
presidida por una sanguijuela!

(Allí se va con un ramo de lirio
a que lo estruje un ángel de alas turbias.)
No soy el que traiciona a las palomas,
a los niños, a las constelaciones...
Soy una verde voz desamparada
que su inocencia busca y solicita
con dulce silbo de pastor herido.

Soy un árbol, la punta de una aguja,
un alto gesto ecuestre en equilibrio:
la golondrina en cruz, el aceitado
vuelo de un búho, el susto de una ardilla.
Soy todo, menos eso que dibuja
un índice con cieno en las paredes
de los burdeles y los cementerios.

Todo, menos aquello que se oculta
bajo una seca máscara de esparto.
Todo, menos la carne que procura
voluptuosos anillos de serpiente
ciñendo en espiral viscosa y lenta.
Soy lo que me destines, lo que inventes
para enterrar mi llanto en la neblina.

Si pregunta por mí, dile que habito
en la hoja del acanto y en la acacia.
O dile, si prefieres, que me he muerto.
Dale el suspiro mío, mi pañuelo:
mi fantasma en la nave del espejo.
Tal vez me lllore en el laurel o busque
mi recuerdo en la forma de una estrella.

ELEGÍA SIN NOMBRE

*But now I think there is no unreturn'd
love, the pay is certain one way or
another;
(I loved a certain person ardently
and my love was not return'd.
Yet out of that I have written these
songs.)*

WALT WHITMAN

*Mas ¿qué importan a mi vida las
playas del mundo?
Es ésta solamente quien clava mi
memoria.*

LUIS CERNUDA

Descalza arena y mar desnudo.
Mar desnudo, impaciente, mirándose en el cielo.
El cielo continuándose a sí mismo,
persiguiendo su azul sin encontrarlo
nunca definitivo, destilado.

Yo andaba por la arena demasiado ligero,
demasiado dios trémulo para mis soledades,
hijo del esperanto de todas las gargantas,
pródigo de miradas blancas, sin vuelo fijo.

Se hacían las gaviotas, se deshacían las nubes
y tornaban las olas a embestir a la orilla.

(Tanta batalla blanca de espumas desatadas
era para cuajar en una sola concha, sin imagen de nieve
ni sal pulida y dura.)

El viento henchía sus velas de un vigor invisible,
danzaba olvidadizo, despedido, encontrado

y tú eras tú.

Yo aún no te había visto.

Hijo de mi presente —fresco niño de olvido—
la sangre me traía noticias de las manos.

Sabía dividir la vida de mi cuerpo como el canto en
estrofas:

cabeza libre, hombros,

pecho,

muslos y piernas estrenadas.

Por dentro me iba una tristeza de lejanas

de extraviadas palomas,

de perdidas palabras más allá del silencio,

hechas de alas en polvo de mariposas

y de rosas cenizas ausentes de la noche...

Girasol en los sueños: aún no te había visto.

Imán. Clavel vivido en detenido gesto.

Tú no eras tú.

Yo andaba, andaba, andaba

en un andar en andas más frágil que yo mismo,

con una ingravidez transparente y dormida

suelto de mis recuerdos con el ombligo al viento...

Mi sombra iba a mi lado sin pies para seguirme

mi sombra se caía, rota, inútil y magra;

como un pez sin espinas mi sombra iba a mi lado,

como un perro de sombras

tan pobre que ni un perro de sombras le ladraba.

¡Ya es mucho siempre, siempre ya es demasiado

siempre,

mi lámpara de arcilla!

¡Ya es mucho parecerme a mis pálidas manos

y a mi frente clavada por un amor inmenso,
frutecido de nombres, sin identificarse
con la luz que recorta las cosas agriamente!
¡Ya es mucho unir los labios para que no se escape
y huya y se desvanezca
mi secreto de carne, mi secreto de lágrimas,
mi beso entrecortado!

Iba yo. Tú venías,
aunque tu cuerpo bello reposara tendido.
Tú avanzabas, amor, te empujaba el destino,
como empuja a las velas el titánico viento de hombros
estremecidos.

Te empujaban la vida, y la tierra, y la muerte
y unas manos que pueden más que nosotros mismos:
unas manos que pueden unirnos y arrancarnos
y frotar nuestros ojos con el zumo de las anémonas...

La sal y el yodo eran; eran la sal y el alga;
eran, y nada más, yo te digo que eran
en el preciso instante de ser.
Porque antes de que el sol terminara su escena
y la noche moviera su tramoya de sombras,
te vi al fin frente a frente,
seda y acero cables nos tendió la mirada.
(Mis dedos sin moverse repasaban en sueños
tus cabellos endrinos)

Así anduvimos luego uno al lado del otro,
y pude descubrir que era tu cuerpo alegre
una cosa que crece como una llamarada que desafía
al viento,

mástil, columna, torre, en ritmo de estatura
y era la primavera inquieta de tu sangre
una música presa en tus quemadas carnes.

Luz de soles remotos,
perdidos en la noche morada de los siglos,
venía a acrisolarse en tus ojos oblicuos,
rasgados levemente,
con esa indiferencia que levanta las cejas.

Nadabas,
yo quería amarte con un pecho
parecido al del agua; que atravesaras ágil,
fugaz, sin fatigarte. Tenías y aún las tienes
las uñas ovaladas,
metal casi cristal en la garganta
que da su timbre fresco sin quebrarse.
Sé que ya la paz no es mía:
te trajeron las olas
que venían ¿de dónde? que son inquietas siempre;
que te vas ya por ellas o sobre las arenas,
que el viento te conduce
como a un árbol que crece con musicales hojas.

Sé que vives y alientas
con un alma distinta cada vez que respiras.
Y yo con mi alma única, invariable y segura,
con mi barbilla triste en la flor de las manos,
con un libro entreabierto sobre las piernas quietas,
te estoy queriendo más,
te estoy amando en sombras,
en una gran tristeza caída de las nubes,

en una gran tristeza de remos mutilados,
de carbón y cenizas sobre alas derrotadas...

Te he alimentado tanto de mi luz sin estrías
que ya no puedo más con tu belleza dentro,
que hiere mis entrañas y me rasga la carne
como anzuelo que hiere la mejilla por dentro.
Yo te doy a la vida entera del poema:
no me avergüenzo de mi gran fracaso,
que de este limo oscuro de lágrimas sin preces,
naces —dalia de aire— más desnuda que el mar,
más abierta que el cielo;
más eterna que ese destino que empujaba tu presencia
a la mía,
mi dolor a tu gozo.

¿Sabes?

Me iré mañana, me perderé bogando
en un barco de sombras,
entre moradas olas y cantos marineros,
bajo un silencio cósmico, grave, fosforescente...

Y entre mis labios tristes se mecerá tu nombre,
que no me servirá para llamarte
y lo pronuncio siempre para endulzar mi sangre,
canción inútil siempre, inútil, siempre inútil,
inútilmente siempre.

Los pechos de la muerte me alimentan la vida.

FAYAD JAMIS

ABRÍ LA VERJA DE HIERRO

Abrí la verja de hierro,
sentí como chirriaba, tropecé en algún tronco
y miré una ventana encendida, pero la madrugada
devoraba las hojas y tú no estabas allí diciéndome
que el mundo está roto y oxidado. Entré,
subí en silencio las escaleras, abrí otra puerta,
me quité el saco, me senté, me dije estoy sudando,
comencé a golpear mi pobre máquina de hablar,
de roncar y de morir (tú dormías, tú duermes, tú no
sabes
cuánto te amo), me quité la corbata y la camisa,
me puse el alma nueva que me hiciste esta tarde,
seguí tecleando y maldiciendo, amándote y mordiéndome
los puños. Y de pronto llegaron hasta mí otras voces:
iban cantando cosas imposibles y bellas, iban
encendiendo
la mañana, recordaban besos que se pudrieron en el río,
labios que destruyó la ausencia. Y yo no quise decir
nada
más: no quiero hablar, acaso en el chirrido
de la verja rompí cruelmente el aire de tu sueño.
Qué importa entrar o salir o desnacer. Me quito los
zapatos
y los lanzo ciego, amorosamente, contra el mundo.

CONTÉMPLALA ES MUY BELLA

Contéplala: es muy bella, su risa golpea en la costa,
toda de iras y espumas. Pero mejor no intentes
decirle lo que piensas. Ella está en otro mundo
(tú no eres más que un extranjero de sus ojos, de su
edad)

Dile, en todo caso, que te gustan las sardinas fritas,
sobre todo una tarde en que llueve un inolvidable
vino blanco. Háblale del hermoso fuego de tu patria.

Ella es clara y oscura como la lluvia en que reina
su ciudad. Sus ojos se detienen en un punto movedizo
entre la estación del amor y un tiempo imprevisible.
Claro que a veces olvidas (por un instante, es cierto)
tu oficio de notario, y, como ser humano al fin,
te pones a hablar líricamente de política.

Lo mejor
que puedes hacer es convencerte de que la poesía te
completa,
comprobar que has cruzado el lindero del horror y la
angustia,
escribir que una tarde recorriste la bella ciudad
empedrada
para encontrar lo que no podía ser el amor
sino el poco de sueño que te recuerda un gran sueño.

ENTRE TOKIO Y KIOTO

Entre Tokio y Kioto te recuerdo,
te vuelves agua en los campos veloces.
Las negras casas pastan en la bruma.
Túneles, cementerios, siembras, ríos.

Kioto en la fiesta de las Estaciones
llena de grandes faroles de papel.
Mañana es día propicio, día de desposorios,
de granadas sangrientas y vasos de esmeralda.
En una pequeña feria niños y baratijas,
calderas humeantes contra la noche húmeda.
Y, en lo alto del empinado callejón de adoquines,
extraños templos de un extraño mundo:
un hombre lanza gritos desgarrados
que ni siquiera las piedras le responden.

Entre Tokio y Kioto te recuerdo,
el tiempo no pasa, los paisajes
se precipitan unos contra otros en silencio.
Torres de acero y hormigón se yerguen sobre las
fábulas.

De un reino de asesinos y de ascetas te he traído
una geisha de Utamaro peinándose en el aire.

MINERVA SALADO

CLÁSICO

Tu nombre propagado sobre las páginas de esta agenda
que duele tanto como un diario de guerra
sirvió para que aprendiera de memoria
el colmo de tu sonrisa
la voz quebrada y esa flor pávida —medrosa— de los
ojos
cara o cruz en tu rostro.

Difícil tarea la que me embarga:
escribir sobre tu huella las mismas palabras
volver a tocar la tierra blanda por donde apareciste
emergiste
cual una noche larga o un continente.
Decir de nuevo que todo ha terminado
y pronunciar tu nombre sin olvido
como un descubrimiento cada vez
leve durante tanto tiempo.

DURANTE

Estuve antes y estaré después de las palabras pulcras
como tú no sabes entre las sábanas el jadeo continuo
a la hora del amor la luz de la lámpara en el calor de
los valle implacables al mediodía impúdico tocando en
la puerta su orden de retirada a tiempo.

Estuve antes y estaré después de cada jornada
u otra cosa parecida bajo tus piernas de arena
calcinadas al fin en el través de la vida.

Estuve antes y estaré después como acero pálido mondar
una naranja al atardecer sentaos al balcón mueva la
brisa el bote papel de cera o flor.

Estuve antes y estaré después de la esperanza.
Fresca brizna de hierba vuela sobre la acera.

REGINO PEDROSO

LA RUTA DE BAGDAD

I

Fue bajo el esplendor de una mañana
de sedas y de pálidos destellos;
cruzaba bajo el sol la caravana
al lento cabecear de los cabellos.

Una dulce pereza musulmana
nos envolvía en su quietud, y bellos
los dedos de tu mano de sultana
mesaban la pelambre de sus cuellos.

Sobre la ruta de Bagdad fue un día...
El amor en tus ojos florecía
sus fiebres locas, y a tus pies, vencido,

esclavo en tus pupilas fascinantes,
mis labios imploraron suplicantes
un amor sin la muerte ni el olvido.

II

Un amor sin la muerte ni el olvido...!
Y en tus pupilas, mi implorar en vano,
como en un mar de luz desconocido,
naufraga en las ondas de lo arcano

Agonizante el sol, en un lejano
crepúsculo de seda revestido,
con un grito hierático y profano
prestigiaba de gemas tu vestido.

Suntuosas tus diademas de amatistas
cantaron sus espléndidas conquistas
sobre el áureo fulgor de tus cabellos.

Y contemplaron, en glorioso alarde,
quebrarse ante sus ojos tus camellos
la pálida turquesa de la tarde.

III

Sedas de Esmirna, y oro, y pedrería
de un Oriente suntuoso y legendario,
te dieron su esplendor de orfebrería
con un remoto fausto milenario.

La púrpura de Tiro te envolvía
como en llamas, y mármol estatuario,
tu cuerpo en la liturgia se ofrecía
entre incienso y aromas de santuario.

Un sacerdote salmodiaba un rezo.
Tu boca —cáliz de oblación—, un beso
al dios alzaba como ofrenda muda.

Y ante el ara magnífica, postrada,
fue un manto de oro a tu esbeltez desnuda
la hermosa cabellera destrenzada.

IV

¿A dónde ibas? ¿Al Cairo? ¿Hasta Bassora?
¿A la lejana India? ¿En qué tranquila
ciudad maravillosa y seductora
soñaba misteriosa tu pupila?

Los altos minaretes, en la hora,
recortando en la luz su larga fila,
una ciudad de encanto, soñadora,
brindaron a tus ojos de sibila.

Cantaban tus esclavas, jubilosas:
Rebecas con sus ánforas preciosas;
los negros camelleros daban gritos...

Y a mi amor te entregaste toda entera
blanca y desnuda en voluptuosos ritos,
tendida sobre pieles de pantera.

V

Y fue final a mi ilusión tu viaje.
Alados toros, en un templo asirio,
te vieron, en rendido vasallaje,
con locura de místico delirio.

Los ópalos, cayendo con tu traje
de tu cuello, ante el Baal de tu martirio,
llamearon fuego de ritual salvaje
sobre tu blanca desnudez de lirio

Fue así más fuerte que el amor el fuego

sagrado de tu fe; inútil ruego
fue el correr de mis lágrimas tranquilas.

Enmudecía tu reír sonoro...
Y una visión de púrpura y de oro
moría sobre el mar de tus pupilas

VI

Princesa de Bassora: deslumbrantes
tus collares, tus cofres y diademas,
cantaron como en bíblicos poemas
litúrgicos amores lujuriantes.

Como en Belkiss, tus manos centelleantes
de sortijas fantásticas y gemas,
fueron sabias, amantes y supremas,
al amor y a tus blancos elefantes.

Sobre la ruta de Bagdad sus cuellos
hoy alargan, dolientes, tus camellos.
¡Nunca sus ojos tomarán a verte!

Pero en su marcha lánguida, sin prisa,
van soñando en el oro de tu risa,
en triste caravana hacia la muerte.

EL RETORNO INEFABLE

Yo te pensé olvidada para siempre, o ya muerta;
sin vida en el recuerdo de mi existencia incierta,
sin ningún débil lazo que me ligara a ti,

y hoy veo que, más fuerte que nunca, estás en mí.
¿Qué asociaciones psíquicas, qué vaga sugerencia
hacen en esta tarde vuelvas a mi existencia?

Me acuerdo como antes te amara, en el pasado,
allá abajo de los árboles del campo perfumado;
ebrios de luz, de oro y ensueños, cual de un vino,
cruzábamos el bello paisaje campesino;
tú alegre y sonriente, soñando tus anhelos
de amor bajo la clara belleza de los cielos.

Morían los crepúsculos en las tardes tranquilas
con un deslumbramiento gemal en tus pupilas,
y el ansia de un deseo clamaba en tu mirar
hondo, como el supremo misterio de la mar...

¡Cómo te he recordado, después, solo en la vida!
Aunque ya sin aquella fuerza desconocida
de la emoción pasada... Poco a poco, lejana,
te vi perderte a modo de estrella en la mañana.
Fulgor sólo de un astro que se oculta en la sombra,
palabra azul que luego ya en el labio nunca nombra.

¿Por qué en mi vida —estancia muda y abandonada—
enciendes hoy de nuevo la lámpara apagada...?

Estaba hoy solo y mudo, solo frente al destino.
Los cielos eran diáfanos, límpido mi camino.
Nada turbaba la honda serenidad del alma;
ni inquietud ni deseo alteraban la calma
total de mis arterias; la paz fluía en las cosas
vitales; en sutiles corrientes misteriosas,

en fluidicas ondas de luz y de armonía
el alma de los mundos a los seres se unía...

¿Qué vibración del éter unió nuestra existencia
de pronto, en luminosa, mutua correspondencia?
¿Qué esencia de las cosas, qué ley desconocida?

La paz era en mi espíritu y era en mi corazón.
Pero vibraste al ritmo de lo eterno en mi vida...
¡Y he temblado en la tarde con humana emoción!

LA EXQUISITA AMIGA

A una dama extranjera, cuya fragancia aún flota en mis recuerdos como el aroma del té que se evapora de mi taza.

¡Oh, Maestro, tengo una amiga exquisita!
Su boca es dulce como los cerezos de Nan Kao;
son sus pestañas suaves como el plumón, de seda;
tiene su cuello el ritmo y la gracia del cisne;
y al andar, fina y grácil, con ondulante talle,
no sé si un ritual danza,
si es una rama en flor que mece el aire,
o si es una mariposa que vuela.

Cuando la ven mis ojos
es como si alcanzara la irrealidad de un sueño.
Y cuando ríe, y su voz armoniosa,
como divino pájaro vuela de su garganta,
quisiera que esa diosa de frágil porcelana,
no fuera una extranjera
nacida bajo el cielo de Occidente

Aunque de ilustre alcurnia se cuenten de ella
historias...

¡Ah, Maestro, qué cultura
la de esos altos mundos de Occidente!
En la Terraza de las Mil Caricias
ayer, con labios húmedos,
el fénix del amor nos sorprendió en su vuelo.
Por único ropaje su divina figura
envuelta sólo estaba con la túnica de oro
con que la prestigiaba el pincel del crepúsculo.

Toda la tarde el Kiosko de los Besos
resonó de armonía.
Los pájaros callaron para escuchar su música.

Y yo esperé la noche, ¡que descendió sin luna!
Para abrir el más íntimo Cofre de los Secretos.
Pues no hubiera querido, bajo la luz indiscreta,
que el astro nacarado hubiese sorprendido
cuán pequeñita era ante tanta cultura
mi desnuda ignorancia.

¡Ah, Maestro, tengo una amiga exquisita!

ALBERTO ROCASOLANO

DECIR SUS OJOS VERDES

Si tú no puedes, deja que sea la brisa quien lo diga.
Porque los gallos dirán la madrugada, despertarán el
sol,

escarbarán hasta encontrar el día.

Si tú no puedes, mejor será dejárselo a las cañas,
dulces conocedoras;

ellas sabrían endulzar

lo que pudiera haber de amargo entre nosotros.

Déjasele a ellas,

confía,

no preguntes,

porque en noches de luna su gran espada verde
relumbra con fulgor inusitado.

Déjasele a ellas, que conocen la patria palmo a palmo
y pueden repetirla de memoria.

A ellas, que dicen Cuba, y sol, y zafra, y ron,
y trenes, y centrales,

y noches de guitarras campesinas

cuando es el amor, y son nuestras mujeres,

y son los ojos verdes que tú viste allá en Las Trozas:

«Los más bellos del mundo»

(lo creo, y debe ser así porque se siente).

¡Ay José Antonio Waugh, amigo, poeta, compañero,
decir sus ojos verdes

mejor será dejárselo a las cañas

o tal vez a la brisa

porque ni tú ni yo nunca sabremos!

AGUSTÍN GÓMEZ-LUBIÁN

LA ROSA

Y llegará un día en que mi mente estallé,
se llenarán de rosas los caminos,
¡oh!, cuán triste e insensato es el destino
de las flores regadas en las calles
pues serán pisoteadas de manera inclemente,
pasarán sobre ellas,
quizás alguien se fije y diga torpemente:
¿quién ensucia de flores esta calle tan bella?
Pero yo sé que un día pasará una mujer
de cabellos oscuros y de mirar profundo,
de garganta reseca con ansias de beber
agua de un manantial que existe en otro mundo.
Y al ver la roja flor se detendrán sus manos,
y brillará en sus ojos una luz infinita,
tomará aquella rosa entre sus brazos
y sentirá como la flor palpita.
Ya no me importa que sean pisoteadas
las otras flores que puedan existir,
pues la rosa más bella por mi mente creada
¡jamás ha de morir!

SERAFINA NÚÑEZ

ESTANCIA DE LO ETERNO

Amor de ti mi alma desdoblaba
jadeando tu presencia a hez de hombres,
angustia de tu rostro la ganaba
en rara geometría y rudos cobres.

Polvo cansado por mi sien pasaba
—fechas, palomas, universos, nombres—
y el terrestre cuidado iluminaba
clima a tu reino en soledades pobres.

Amor de ti era sollozo ardiente
mordiendo el fruto de mi triste tarde.
Ahora te sello: ¡Oh huésped diferente!

Tu lluvia me descende olor temprano,
tierno misterio entre mis venas arde
y es ya tu sobre el único verano.

ADOLFO MENÉNDEZ ALBERDI

MUJERES

*Yo tenía sueños que las mujeres
desparramaban con sus caricias
para poseerme en su sombra...*

PAUL ELUARD

Yo aprendí la embriaguez del beso impuro.
La emoción de las citas
breves y tempestuosas

procuraba.

Las mujeres sin fechas perdurables,
sus pasos inexactos,
sus vestidos,
eran los visitantes de mis noches,
la compañía de mis soledades.

Por eso
nuestro encuentro fue el retorno
sencillo
hacia el comienzo,
al sendero de música y latidos
donde nos aguardaba
la propia claridad inadvertida,
la simple unión que forman dos mitades.
Por eso he comprendido
—comprendemos— ahora
la razón de la existen.
Por eso

desde entonces —desde ahora—
amándonos queremos a los que aman
la vida cotidiana y sus quehaceres.
Por eso, compañera,
los corazones con que amanecemos
salen a trabajar por la alegría,
del mundo,
unidos,
como dos obreros.

ENRIQUE LOYNAZ

ENTRE LOS LIRIOS

Entre los lirios, no podría
decir cuál es el cuerpo de mi amada.
Cuando baja a bañarse sola
por la mañana,
y hace un aire claro,
y está llena de lirios el agua,
nadie puede decir
cuál es el cuerpo de mi amada.
Su cabello parece blanquear vagamente,
son más blancas sus manos blancas,
¡como lirios manchados de vino, son más blancos!,
y hasta su roja boca luce blanca.
Son blancos sus ojos
como sus pestañas.
Sus pies suaves como la leche, se derriten
poco a poco en el agua,
desaparecen sus hombros y luego sus senos,
sus brazos se alargan, se ablandan
extrañamente, como
si fueran dos cintas de plata;
y su piel parece hecha entonces de un agua de lirios,
de un brillo de agua.

DULCE MARÍA LOYNAZ

TIEMPO

1

El beso que no te di
se me ha vuelto estrella dentro...
¡Quién lo pudiera tornar
—y en tu boca...— otra vez beso!

2

Quién pudiera como el río
ser fugitivo y eterno:
partir, llegar, pasar siempre
y ser siempre el río fresco...

3

Es tarde para la rosa.
Es pronto para el invierno.
Mi hora no está en el reloj...
¡Me quedé fuera del tiempo!...

4

Tarde, pronto, ayer perdido...
mañana inlogrado, incierto
hoy... ¡Medidas que no pueden
fijar, sujetar un beso!...

5

Un kilómetro de luz,
un gramo de pensamiento...
(De noche el reloj que late
es el corazón del tiempo...)

6

Voy a medirme el amor
con una cinta de acero.
Una punta en la montaña:
La otra... ¡Clávala en el viento!...

MIRTA AGUIRRE

ELEGÍAS

I

Donde la rosa es flor y el aire es aire
y la criatura humana es eso: una criatura
con desnudez de piel y desaliento,
allí turbias raíces se calcinan
y resiste a la muerte un ala temblorosa.

Ya sé, ya sé que ocultan el camino
estas espesas murallas de silencio,
este escudarse que alzan nuestras manos
como si defenderse fuera un horizonte,
como si no estuviera todo en ese beso
donde se vende Judas a sí mismo.

Pero, ¿cómo evitarlo?
Ya veis que nada de esto puede hablarse,
que no es posible decir que una hoja nos ahoga,
que nos turba la noche como una pregunta,
que amamos algo que no se debe amar
y que lo que hay que amar no nos importa,
y que cuando callamos somos frágiles,
asombrados y frágiles.

Porque está por encima de lo humano
pretender que alguien ponga su corazón sencillo,
su corazón pequeño de ternura,

con su debilidad y su secreto
y ese dolor que existe en todos escondido,
a la luz y a los vientos.
¡Y quién sabe a qué luz y a cuáles vientos!

Haría falta un amor ilimitado,
un amor como ese que fatiga los brazos
cuando ya dan lo mismo las respuestas
porque todo es cristal y está bien todo.

Pero la sombra es sombra y sombra y sólo es sombra
y no hay por qué aludir a los milagros
aquí, donde tan sólo quedan estas cosas
que pesan, bien lo sé, como la sangre,
como pesa el silencio.

II

Yo me acostumbro, amor, yo me acostumbro.
Yo me acostumbro a estar sin ti. ¿Lo entiendes?
Quiere decir, amor, que no amanece;
quiere decir que aprendo a abrir los ojos sin tu beso.
Quiere decir que te olvido, amor, que yo te olvido.

Como un morirse lento, implacable, a pedazos,
yo me acostumbro, amor, yo me acostumbro.
Y acostumbrarse es una cosa oscura,
es una cosa eterna, sin caminos,
como un caer en el vacío.

Yo me acostumbro, amor, yo me acostumbro.

Y un día y otro pasan.
Y un día triste no es día sino un cortejo inmenso.
Y dos días de tristeza ya no pueden decirse.
Y acostumbrarse es una palabra irremediable
que ojalá nunca sepas.

Una criatura tiene su tamaño,
tiene su borde estrecho, su medida.
Y ha de haber para todos la pequeña alegría,
esa mínima dicha que es un derecho humano.
Ser feliz, amor mío, es como el aire, el agua,
algo para la vida.

Yo me acostumbro, amor, yo me acostumbro.

Lejos, tu mano corta el pan para otra boca.
Lejos, suenan tus pasos y como yo sé que suenan.
Lejos, amor, muy lejos.
Y allí, donde mi angustia está sin ecos,
tú sonríes, tú eres,
y no sabes, amor, con cuánta sangre,
con qué amarga paciencia,
con cuánta fuerza para ahogar, yo olvido,
yo deshago mi sueño
y me acostumbro, amor, y me acostumbro.

CANTARES DEL MAR DE AMORES (Fragmentos)

3

Te quiero no sé por qué

y sin saber hasta cuándo,
¡Ay amar, estar amando
sin santo para la fe!
La esperanza ya se fue
y el amor sigue porfiando.
Y sin saber hasta cuándo,
te quiero, no sé por qué.

4

¡Cómo duele lo que fue
por lo que pudo haber sido!
Querer como te he querido,
pensar que te olvidaré
y que mi consuelo esté
en ver llegar ese olvido.
¡Por lo que pudo haber sido,
cómo duele lo que fue!

6

Esta nostalgia de ti,
el alma me está puliendo.
Sólo domando y creciendo,
concíbese amar así.
Lo amargo que se alzo de mí,
paso a paso se ha ido yendo.
El alma me está puliendo
esta nostalgia de ti.

7

Nadie me quite la espina,
puesto que fue de esa rosa.
Que se salve alguna cosa
de cuando pasa y se arruina.
La fragancia se adivina
tras la huella dolorosa.
Puesto que fue de esa rosa,
nadie me quite la espina.

9

Quererte fuera castigo,
si no fuera por quererte.
Lo que me endulza la suerte
es que el amor va conmigo.
Esta vida a que me obligo,
no es vida, es cauce a la muerte.
Si no fuera por quererte,
quererte fuera castigo.

10

Dolor que puede cantar
no es dolor envenenado.
La sangre de mi costado,
sal tiene y yodo de mar.
Su paciente rezumar,
el corazón ha salvado.
No es dolor envenenado,
dolor que puede cantar.

LUIS PAVÓN

DE LA NOCHE HA LLEGADO...

De la noche ha llegado un aire oscuro
no se sabe en qué lago humedecido,
qué aromáticos ramos ha mecido,
ni qué camino recorrió, seguro.

A ti se acerca, como amigo puro
a saludar tu rostro y tu vestido,
a celebrar tu voz y tu sentido,
tu risa joven, tu mirar maduro.

Para rozar tu voz, usó violines;
avanzó astutamente entre jardines,
sobre el galán de noche y la piscuala.

Ya te besa las manos, ya te besa;
a perfumado mundo te regresa
volviéndose contigo bajo el ala.

NELSON HERRERA YSLA

ENTRE TÚ Y YO

*Y la espesa tierra no comprende tu
nombre hecho de impenetrables sus-
tancias divinas.*

PABLO NERUDA

Entre tú y yo, la ciudad y el campo,
cientos de kilómetros que nos separan
de arroz y tabaco, caña,
potreros inertes,
y tabaco nuevamente.

Entre tú y yo
la noche pura estrellada
y estas viejas luces de neón,
el nervioso ruido de la madrugada
con sus ómnibus que se deslizan rugiendo,
destrozando mi sueño.

Entre tú y yo
el lento descenso de la tarde.

Entre tú y yo la sed de mediodía
y la punta de esta copa.

Entre tú y yo, árboles,
arbustos, y los amorosos jardines
frente a sus verjas.

Entre tú y yo
las torres, la serena de la industria.

Entre tú y yo

el rostro inmemorial del Che en la plaza,
y aquella ceiba gigante a lo lejos
que exalta tus ojos
y palideces.
Entre tú y yo
el alma campesina que te rodea
y el alma poblada de banderas
que me asalta.
Entre tú y yo
la retórica,
y esas tus palabras,
estrictamente necesarias.

Entre tú y yo
un silencio muy grande
ahora,
en el invierno de mil novecientos
setenta y tres,
desde esta habitación de la Habana,
hasta el borde de tu litera
en los campos de San Luis,
exactamente.

FINA GARCÍA MARRUZ

RETRATO DE UNA VIRGEN

Ella no sabe bien lo que ha pasado

Él era su amigo, y ahora

le ha dicho adiós.

¡Ella que lo veía

como el padre, el esposo

que iba a ser!

Ahora pasea con otra,

van riendo.

Ella no entiende

pero se ha quedado

quieta, como quien espera

una orden, o como el agua

antes de recoger la imagen

del rostro amado.

No se ha entregado al llanto.

No tiene una alborotada

imaginación. Sigue

yendo a sus clases. Cuida

cosas pequeñas: las libretas,

la raya en orden, igual

que el pelo al levantarse.

Hace lo mismo que antes,

sólo un poco más triste.

La luz que la abandona

la dibuja un momento.

No sabe que está sola.

Ese ignorar la guarda.

EL HUÉSPED

Qué raro es el amor, qué raro
aún entre amantes
que se aman, aún en el seno
de la casa materna,
la entrañable,
qué instante
tan raro aquél en que él irrumpe
de otro modo,
súbito como un golpe,
el amor dentro del amor,
qué raro ese minuto
de compasión total, pura,
sin causa,
sin posible respuesta
ni duración
posible, qué raro
que a nadie hayamos
amado, acaso, más,
que a ese niño ajeno, en México,
que a ése que pasó hablando
consigo mismo,
que a aquella odiada mujer,
porque, de pronto,
su bata de casa nos miró desolada,
un fragmento de su espalda
nos hizo llorar
como la más arrebatadora música,
qué extraña
crecida sin palabras.
Hemos corrompido

de mentira y de uso
la palabra
amor,
y ya no sabemos
cómo entendernos: habría
que decirlo de otro modo,
o callarlo, mejor,
no sea cosa
que se vaya, el insólito
Huésped.

MARIANO BRULL

EPÍSTOLA

A Matilde Pomés

¿Cómo romper tu ausencia o tu silencio?
Plata de pez ¿qué playa?
Faisanes de aro nuevo ¿qué montaña?
¿A dónde la marea de tus pasos
espuma hasta el rebozo de su linde?
Escama y pluma. —Fino estío
donde mar crespa y viento jubiloso,
al rescoldo de un cielo de nuez verde,
entre golpes de agua, canturrea...
¿Dónde la víspera de tu canción,
en sábados de mar y luna nueva
o en domingos de de pinos y entretiempos?
Los cuidados ¿al sesgo del olvido?
¿Qué albricias para siempre o para ahora?
Yo me fui a la mar de agosto
y he vuelto verdelamido
de verde velutoso...

Almendra —vestida y desvestida de silencio—
desnuda, removida de la espera
mil veces, total, y recreada
en la ancha voz de los espejos miradores:
cielo interior —víspera del azar—,

difunto azul caído,
verdeapagado de luna,
sobre sus mismos hombros.

DESNUDO

Su cuerpo resonaba en el espejo
vertebrado en imágenes distantes:
uno y múltiple, espeso, de reflejo
reverso ahora de inmediato antes.

Entraba de anterior huida al dejo
de sí mismo, en retornos palpitantes,
retenido, disperso, al entrecejo
de dos voces, dos ojos, dos instantes.

Toda su ausencia estaba en su —presencia—
dilatada hasta el próximo asidero
del comienzo inminente de otra ausencia:

rumbo intacto de espacio sin sendero
al inmóvil azar de su querencia,
¡estatua de cuerpo venidero!

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

SUITE PARA MARUJA
(Fragmento)

I

La primavera, dices, y escojo madre selvas,
geranios y begonias.
A casa vuelves con los pies mojados,
la falda llena de guizazos ásperos.
Begonias sin olor en los cabellos
y entre las manos, romerillo y malvas.

Dices, el aire, y cierro las ventanas,
busco el sillón más próximo a la esquina
donde libros y lámparas me esperan.
Y el aire es la mañana del sol, blanca,
la loca expedición de las hormigas,
pájaros y cagüayos de astuta, fina lengua.
Tu canto por el patio saliendo del brocal,
los baldes y las piedras.

El sol, dices tranquila, y presuroso escalo
los templos más antiguos. Arenales recorro.
Duermo a la sombra ámbar de un dátil.
Y el sol es la ventana limpia donde te acodas
suelos, la blusa y el cabello,
y es el camino al mar los viernes de la Pascua;

recoger gajos santos que ahuyentan los ciclones;
café que huele a cuaba ardiendo y sabe madrugar
de plátanos, anones y ciruelas.
Son mis brazos ciñendo tu cintura
sin que lo sepa yo.

Y cuando dices, es la noche, sueño
con países que anduve,
a los que vuelven mis pisadas
lentas y oscuras, para recobrar te.
Pero la noche no es lo que me pone
el corazón a repartirse en tiempos
que fueron míos. Pues la noche es tu voz
conversadora, tu voz que quiere ser
una palabra sola.

SIGIFREDO ÁLVAREZ CONESA

MUCHACHA QUE SALTA LAS PIEDRAS DE LA MURALLA

Muchacha que corre
en verano
a lo largo
de la calle Enramadas
y con la mano traza
en una línea del horizonte,
más allá del azul de las montañas.

Corre,
y el corazón parece de enamorada.

Mientras, en el cuartel,
un aire viejo
pone mustias a las palomas
en pleno vuelo.

Muchacha que salta
restos de la lluvia de ayer
y parece que se alza
sobre Padre Pico,
por la escalinata.
El pelo suelto es la bandera de la Patria.
Mientras, en el cuartel,
en cada piedra de la muralla
dejan la huella de su nombre
una muchacha y otra muchacha.

LUIS MARRÉ

TIERRA NIÑA

Dónde
y cuándo
tu cara

tus ojos
se quedaron grabados para siempre
en mi memoria como al fuego
ya lo sé
fuimos de la mano
por una tierra niña
recién creada

inocentes
aún me gusta andar
descalzo por la hierba con rocío
y tú llevabas flores en las trenzas
corona de azucenas y cabellos
como en aquella rara foto tuya
niña tú
que encontramos en el álbum
entre viejos retratos de familia

El ángel se ha quedado
dormido
y su espalda devuelve nuestros rostros.

CARLOS MARTÍ BRENES

EN TU AUSENCIA

A ti, esposa

En tu ausencia
he buscado la estampa de los pasos en la arena,
te he buscado en cada uno de mis retratos
amarillos,
sumergida en la penumbra del amor,
cuando tus labios son rosas de la noche
y tu vientre el resumen de la luz.
Te busqué siempre en mis bolsillos,
en la ramita muerta que me dejaste aquella tarde,
en la ingenua caricia de tus ojos
horadando el tacto de los cuerpos.
Y buscándote no encontré la risa tallada en las esquinas,
las hojas caídas de nuestros caminos
y el río que abrazó tus pechos una tarde.
Mujer, como la pólvora estalló tu cuerpo entre mis
manos
al tratar de encontrarte nuevamente,
porque te he buscado tanto en nuestras cosas
que no pude hallarte,
cuando tejías en silencio un nuevo amor,
agazapada en mis recuerdos.

JOSÉ MANUEL POVEDA

LA ÚLTIMA AMADA

No la miro sino como una amante
la postrera y la más sabia sin duda;
la imagino magnífica y distante
pálida y desnuda.

La busca mi pasión con tales ansias
que sé que hará mi vida suya al cabo,
y sueño en burlar todas las distancias
para hacerme su esclavo.

Con tal ansia la sueña el alma mía,
y voy tan obstinado tras su huella,
que su amor hacia mí será algún día
como el mío hacia ella.

Y a la postre los dos nos gozaremos
en espasmos que tengan la ultrahumana
pasión con que sangrando acoplaremos
el Ayer y el Mañana.

Después yo he de rendirme en un letargo,
vivo y denso tal como un mar sin fondo,
que habrá de ser de todos el más largo,
de todos el más hondo.

MADRIGAL REGIO

Princesa: yo quería ser besado
por tu alma, mediante un hidrofana,
y por montar la gema cortesana
las cuencas de tus ojos he vaciado

Desde ahora, Princesa, tu mirada
me envuelve en un letargo raro y lento
y baña mi semblante macilento
tal como en un poniente de la Nada.

Luego, Princesa, cuando me abandones
debo quedarme con las tentaciones
de tus pupilas, para mi sortija;

y en la ausencia profunda y en la muerte
cuando arrastres a tientas tu alma fuerte,
sólo en mí tu mirada ha de estar fija.

SERENATA

Con la voz de otro tiempo, con la antigua voz pura
de las viejas jornadas sin dolor ni amargura,
vengo a darle al silencio, cerca de tu ventana,
una serenata insegura
que te recuerde otra lejana.

En pugna con la suerte, vencedor del destino,
mil veces extraviado, recobré mi camino;
y hoy vuelvo a hacerte ofrenda de mis cantares tristes

—vaso de muerte, negro vino—,
aún cuando sé que ya no existes.

¡Qué largo el tiempo desde que se abatió mi vida
sobre las propias huellas de las tuyas, querida!
Olvido lanzó bruma y silencio en el pasado,
más sobre la huella perdida
ya tú ves cómo he retornado.

Cerrada, en la penumbra, muestra su visionaria
ceguera tu desierta vidriera solitaria;
pero yo sé que cuando surja el grito doliente
de mi canción extraordinaria
tú habrás de estar allí presente.

A la voz conocida tú acudirás, quién sabe
más amante que nunca y más bella y más grave,
y exhalará mi pecho, por sobre del olvido,
una armonía sobria y suave
que solamente oírás tu oído.

Pondrás tu mano blanca entre mi mano bruna
mientras cante mi boca la canción oportuna,
y si alguien cruza entonces el sendero sombrío,
verá sólo un rayo de luna
y sentirá un poco de frío.

WALDO LEYVA

**DÉCIMAS PARA UNA MUCHACHA
DE LA INFANCIA**

Iba pasando la tarde
sobre mi caballo viejo
y era la tarde el espejo
donde bajo el sol aún arde
tu pelo, porque la tarde
siempre nació de tu pelo
y hasta el cielo, no era el cielo,
sino el azul de tus ojos
empañado, por los rojos
crepúsculos de otro cielo.

Y yo era niño y fundaba
con mi caballo, tu risa,
tu risa que era la brisa
de la tarde que pasaba
y con la tarde volaba
hacia la ceja del monte,
donde hasta el mismo horizonte,
rojo por el sol poniente
iba del monte a tu frente
y yo, de tu frente al monte.

Ahora regresas conmigo
pero no está la vereda
ni tampoco la arboleda
donde ya no te persigo
y hasta el trillo, donde sigo
queriendo hallar un camino,
es un trino y su destino
es retornar a mi pecho,
si no estás, cómo este trecho
puede llamarse camino.

Ahora es otra tarde y llueve
pero el agua es de aquel día
en que la lluvia quería
tallarte el cuerpo en el breve
espacio donde se mueve
la luz dentro de una gota,
por eso esta lluvia brota,
no de las nubes de hoy,
sino del tiempo en que estoy
rehaciéndote gota a gota.

ÁNGEL AUGIER

SONETO

Sigo, Amor, con mi júbilo sin bridas
por senderos de mieles tu carrera,
viajando con tus llamas y tus heridas
desde el justo contorno de tu esfera.

El pulso tengo de innombrables vidas
en tu perfil sesgado a tu manera
como tu fortaleza tiene asidas
las campanas al sol de mi bandera.

Por una eternidad acariciada
llega desnuda y limpia tu figura
al filo de mi luz enamorada,

y en la ventana azul de mi ventura
tu beso, Amor, tu voz y tu mirada
velando mi desvelo de ternura.

LUIS DÍAZ

PARA SUPONER UN DIÁLOGO

*Nunca fue puesto en un lugar tan
alto el nombre de la mujer cubana*

FIDEL CASTRO

Ven y córtame este pecho
de flor a flor
toca de cabellos rubios tus manos
haz que canten fogosos aires nocturnos
para anunciar un cielo
gris
de hojalata.

Ríe, grazna, maldice
tienta mi cuerpo
goza mi sangre de alhelíes fantásticos
muérdete uñas y todo
manos y todo
vuelve la espalda
respira tu mohíno-humo de aire convicto
trota, espuma
salta de flor en flor
busca escandaloso el sitio
halla la madreSelva
grita sobre sus pétalos
muge buey iracundo
salta sobre el despecho de tu raza.

EDUARDO LÓPEZ MORALES

CANCIONES A LEOCADIA
(Fragmento)

*El amor, como un águila, vuela
sobre el cráneo poblado del hombre*

José Martí

1

Eres, mujer, como la concha lustrada
en las arenas: la suave corteza,
la hoja riesgosa del pino:
el sabor de la carne cocida:
la arena que desgrano en mis manos,
la posible arena de la casa:
la de construir, la pura arena de cristal;
la tierra, también la tierra,
en la que siembro y nazco:
donde soy y soy dado.

Y esa luz de piedra
que extraigo de ti
para mejor ir por la vida

Tú, el camino fresco del agua;
árbol luciente en la tarde,
pájaro diminuto ardido en el mar.

Dado que se aplica a mi cabeza
y gira y la surca de fiebre;
como esos barcos repletos
de aceite y almendra.

Nada, mujer, como tu cuerpo:
pez solitario en el golfo,
concha azulada, carnosa y fiel
compañera del hijo del errante,
creíble hombre en su destino.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

ALA ENAMORADA DESCONOCIDA

Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

JOSÉ MARTÍ

Sobre la tarjeta en cuyo borde está puesto,
Como la marca del hierro en el ancla de la res,

C 861

FER c

Alguien colocó un diminuto ramo de violeta
Que con el tiempo se ha secado hasta ser ese suspiro
de sí mismo

Que sólo saben ser las hojas y las flores.

Hay sorpresas y risas ante el descubrimiento,
Abren y cierran la gaveta, el hallazgo
Va de mano en mano, queda sobre un estante
Hasta que una limpieza demasiado eficaz lo devuelve
al polvo
Del que apenas lo separaba una ilusionada tenacidad.

Debajo de las flores, los versos lejanos
Volvieron por un momento a arder como entonces,
cuando aún no eran palabras.
Sino el amor, la tristeza, el ruido del mar o de
la guerra, la vida frutal y húmeda
Que luego van a parar los papeles

Como los rostros de la madre y la novia se hacen
fotografías
En la cartera, y luego pedazos casi de olvido, y luego
nada;
Debajo de las flores, aquella tarde o aquella noche
En que la escolar, medio en broma, medio en serio,
Entró en la biblioteca y puso el ramo minúsculo
sobre la tarjeta, el poeta
Debió haber sentido en su corazón que no había
escrito en vano,
Que los versos no eran sólo para la oreja esquiva,
para los ojos que no lo miran a él,
Sino también, y acaso sobre todo, para la niña
sonriente, quizás de la misma edad de sus hijas,
Y para otra, para otra que en años venideros
sigan pensando todavía que una flor
Bien puede recostarse sobre ese libro,
Sobre la tarja de ese libro,
Con la mezcla de burla, de susto y de ternura
Con que una muchacha pone por vez primera
la cabeza sobre un pecho querido.

NOTA JUNTO A LA ALMOHADA

Hay demasiadas memorias y demasiadas esperanzas
Confundidas entre nosotros, hay demasiada vida
Para que nada pueda separarnos: ni la pena
Que llega a manotazos,
Ni esa flor que acaricia, deslumbra y pasa
Dejando una tristeza abierta como una boca.
El largo tiempo atestado de ciudades y amores
Se ha ido extendiendo, de Amsterdam a New Haven,

De Taxco a Brindisi, a melancolías, a temores,
A ilusiones, a sueños como para nada
Sino la que todo separa, nos pueda separar,
Niña de ayer y de mañana, mujer de mi vida.

HOY ERES MENOS

Alguien que ha estado tratando de olvidarte,
Y a cuya memoria, por eso mismo,
Regresabas como la melodía de una canción de moda
Que todos tararean sin querer,
O como la frase de un anuncio o una consigna;
Alguien así, ahora,
Probablemente
(Seguramente) sin saberlo,
Ha empezado, al fin, a olvidarte.

Hoy eres menos.

RAÚL FERRER

MINUTO DEL BESO

Con el tiempo de amarte tan escaso
el tiempo de esperarte me devora,
si estoy amenazado por la aurora
mientras ardo en la llama del ocaso.

Mira, tiemblan las rosas en el vaso
y un gallo en el reloj gasta la hora,
para quererte no me sobra ahora
ni un suspiro, ni un átomo, ni un paso.

Hay un amor que no se sabe dónde
el minuto del beso nos esconde
cuando su sed a liquidarnos entra.

Y hay un tiempo del hombre que se gasta
que aunque un segundo de ese amor le basta,
se cansa de buscarlo y no lo encuentra.

REGINO BOTI

MI AMADA Y YO

Y beso a mi adorada. En la albez regia
de su jubón de muselina asciende
la comba virginal. Mi sangre arpegia,
ondula, impreca, y en el amor se enciende.

—¿Me olvidarás?

—Lo ignoro. Tal vez sea
tu memoria, en la urna de mis sueños,
silfo hecho rayo de la luz febea
entre el negro jaral de mis beleños.

SCHUBERT **(Mientras cantas)**

Cáliz de sangre tu ilusión de boca,
besa y profana con dulzura tanta
que sobre el nardo de tu rostro encanta
y todo el estro del placer evoca.

La regia castidad de tu garganta
revive el mármol que eterniza a Hebe,
pues, blanca como el ampo de la nieve,
cual un ave de luz arrulla y canta.

La emoción hace auroras palpitantes
tus mejillas, y emergen fulgurantes
tus ojos, que simulan, por tu duelo,

dos azules estrellas pensativas
que, entre violáceos círculos cautivas
flébiles lloran por tu subir al cielo.

NIEVE EN CAMPO DE LUZ

Como queda abatido el oleaje
después de haberse levantado cumbre
y lame el peñón la pesadumbre,
haciendo espumas lo que fue coraje,

así tú, tras el ímpetu salvaje
del choque fecundante de la vida,
tiembles con la frialdad de un ala herida
hasta desfallecer como un encaje.

Absorto te contemplo en tu desnuda
majestad de Afrodita: impúber flanco,
vientre felino, dominante el pecho,

mientras se extingue en laxitud aguda
la nieve viva de tu cuerpo blanco
sobre la nieve exánime del lecho.

LUIS SUARDÍAZ

NOCTURNO EN SANTA LUCÍA

El mar venía a comer en tus manos,
doméstico era en tus pies, hijo pródigo de tu cadera,
fosforescente en tus rodillas.

Un navegante descreído pasó pensándote como sirena.

Islas en calidad de manchas, vivas, y fijando
el año de su liberación.
En tus manos comía el simpático mancebo
y te ofrecía esmeraldas.

El navegante acercándose a la lejanía.

En el filo de los recientes cuchillos
se reconocen los contrarios. A veces tú no puedes
hallarnos
porque nos vamos con la marea íntima de las
contradicciones
recién descubiertas y empezamos a vislumbrar el valor
de cada número, el significado del término infinito,
la cuadratura del círculo, y lo preciso que deben ser
los golpes en la cabeza.

Para ti todavía la espuma es espuma, la luz
un arma de defensa personal, los corales un libro de
cuentos

infantiles. Pero la espuma es el ánima sola de las
indecisiones
la luz, lo que nos separa de los planetas vírgenes y los
corales,
hambrientos hermanos de sangre que debemos amar
con mucho amor.
Débiles y aún más, apócrifas son las contradicciones
incapaces de crear,
de resolverse en síntesis a la manera de las simientes.

El mar
tampoco sabe nada de su propia y espléndida evolución
y te olfatea en cada escondite de la costa, te alcanza
finalmente
en un salto de olimpiada y en tus manos encomienda
su espíritu.

TODO LO QUE TIENE FIN ES BREVE

Pero aquello, de suyo breve,
¿tendrá fin? La flor dejada en el regazo,
la primera sílaba de una niña, las cifras
confiadas a unas manos que ya no son contigo.

Tú, en la soledad, no encuentras tu sombra
bajo el sol, aunque tu sombra espera por ti,
tiene confianza en tu reencarnación.

Pero aquello, que acarreaba el fin en su comienzo,
cómo pudo nutrirse de canciones, da vacíos caracoles,
de sangre huyendo hacia el corazón.

TRES TENTATIVAS DE COMUNICACIÓN

I

La primera es un globo que pierde aire.

Una conflagración lejana. Gestos, claves, señales.
El adolescente, con su sombrero de mago de feria,
equivocándose de su truco.

La primera tentativa trata de la ausencia.

II

Lo que atesoramos en el recuerdo ya no existe.

Estás en tu sitio, con los mismos arreos victoriosos,
sabes quitarle impedimentos y cáscaras a las frutas
y desnudas los diálogos. Nada más.

Si pongo ahora mi brazo sobre cualquiera de las
permanencias
cercanas, no daría contigo.
Si te convido a caminar, pasaríamos sobre nuestras
huellas
sin ninguna posible identificación. Si pienso que
caminando
a tu lado ando contigo es porque convivo con fantasmas.

No me refiero a nadie en estas tentativas.
A nadie con la presencia o la figura.

Lo que se busca en el recuerdo ya no existe.

III

Esta es la última, la verdadera.

Desembocan otras máquinas y también la nuestra.
Con este día se apagan todos, se disuelven los meses
con las uvas. Y el bufón se vuelve Hamlet,
se inclina ante una varita mágica.
¿Un baile, una excursión, una fiesta de enmascarados?
Te ciñen las lejanías, pero el protagonista
te arrastra entre asistentes anónimos y se convierte
en el poderoso de tu encantamiento.
Giro de planetas. Ambiente.

La cabeza del Bautista sola en el vacío.
Tu cabeza en el último asiento.

El bufón se vuelve Apolo, Orfeo, Segismundo,
Fausto con su sabiduría.

Ha pasado el tiempo de la inocencia.
Es bueno que así sea.
Aunque ya no esté nunca más de héroe en las tiras
cómicas.

Con este día y la máquina que sigue sola,
no termina la fiesta de los enmascarados.

El porvenir nos pertenece a cada uno de los dos.

Todo este cuento es pura hechicería.
En la ausencia no hay vida verdadera.

Sufre también Orfeo de lo que no se cura
sino con tu presencia abriéndose entre anónimos
usurpadores,
sino con tu figura que no vuelve con las descripciones.
A nadie se le asigne semejanzas.

Si hablo de regresos no se me tome en cuenta.
Empezaría la vida de fantasmas.

Laureles, cúpulas, lejana juventud tardía.

Lo que se busca en el recuerdo ya no existe.

EFRAÍN NADEREAU

HISTORIA DE LOS PRÍNCIPES NEGROS Y MUCHACHAS

Sangre quemada y negra
son estos príncipes hurtados al jarrón
para justificar a una mujer gruñona
de poeta de provincia
la arribazón furtiva después de media
noche

Altos
con los pechos cubiertos de rotos estandartes
(folklóricos
los estambres caducos
los pistilos desorientados)
cabén de pie
con el agua hasta el cuello
doblado
en el pomo rebosante de la tinaja.

Flor abundante y delicada
estos monarcas de nombre laborioso y
salvaje
estas mujeres gruñonas de poetas de
provincia.

VÍCTOR CASAUS

DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Me han contado que en Pompeya entre las ruinas
dejadas por el paso de la lava
una vez se hallaron mezcladas con vasijas que la ceniza
conservó y perros que ahora duermen bajo el polvo
dos figuras que hacían y deshacían el amor
en aquel temprano día del año 79
enlazados en ese abrazo que como se ha visto
pudo más que la muerte

Nadie sabrá nunca en qué sístole en qué diástole
estos cuerpos detuvieron su feroz armonía
Ningún arqueólogo ningún historiador
podrá contarnos con qué furor se amaban
cuando el Vesubio los cubrió de materia ardiente
(ellos creían al principio que se trataba
del calor maravilloso que generaban sus cuerpos)

Pero los que ahora hacemos
el amor sobre esta isla —y sobre esta otra isla
enorme que es la Tierra— los que violamos
la soledad simulada de los parques los que huimos
a escapadas a cuartos malolientes en los que dejamos
toda

la alegría y toda la tristeza del amor
conocemos sin embargo esa especie de furia
en que estamos envueltos

esas figuras que ahora descansan en una sala de museo
(algunos las confunden con estatuas)
dejaron a medias la hermosa actividad de sus piernas
no llegaron a decirse sus nombres al oído
(no gritaron siquiera cuando la lava los cubría)

Pero el fuego del Vesubio no acabó con su fuego
que ahora arde en los parques quema los preceptos
de las más extrañas iglesias estalla en los finales
de nuestras celebraciones

MADRIGAL

La cintura específicamente la cintura
ha desaparecido durante el último mes
y parece una Venus es decir la estatuilla de una Venus
antigua y asombrosamente pródiga
con esa hermosa multiplicación de los pechos
y esas piernas que antes fueron ágiles y flexibles
ahora quieren sostener a toda hora
a ese intruso del amor a ese extranjero tímido
que se cubre los ojos y espera su minuto
en el fondo de tu cuerpo
Tus ojos son tus ojos
los que anuncian la supervivencia
el regreso algún día
del amor

FÉLIX PITA ROGRÍGUEZ

ESTA CANCIÓN VERDADERA

Esta canción verdadera
en un cruce de caminos
la escuché.

Y a la mañana siguiente,
¡ay amor, que nuevamente
la olvidé!

Ella se puso a quererme
sin sacar ninguna cuenta,
y yo no lo supe ver.
Piensen lo que estoy diciendo:
sin sacar ninguna cuenta
ella se puso a quererme
y yo no lo supe ver.

Lo que dicen que es querer
empieza muy a menudo
porque alguien sacó una cuenta.
Y después, tiene que ser,
hay errores en la suma
y todo se echa a perder.
Pero ponerse a querer
sin sacar ninguna cuenta,
¡ay amor, que eso es tan raro
que aparezca
como aquel cometa grande

que pasó en el año diez
y aún no ha vuelto a aparecer!

Ella se puso a quererme
sin sacar ninguna cuenta,
¡y yo no la supe ver!

Esta canción verdadera
en un cruce de caminos
la escuché.

Y a la mañana siguiente,
¡ay amor, que nuevamente
la olvidé!

EXILADA EN REPOSO

Exilada, en reposo, junto al cielo,
ajenas ya sus manos y su aliento
equivoca en discípula su vuelo.
Abeja de metal, redondo, el viento

sueña su andar del sexo a la garganta.
Ya en Australia no está, curva dormida
abre el silencio donde se trasplanta
en débil humedad, rota, vencida.

Ya en Australia no está, curva despierta
silvestre, muda ausencia la retiene
en la playa del aire, descubierta.
Su sombra, aparte, lejos, la entretiene.

Glacial. No tiene nombre. Convalece
fina de eternidad. Rosa delgada
sospecha el agua niña y se enterece
en su rama sin hojas, delicada.

Ya no se ve. No está. No me comprende
y se alecciona, frágil, para el vuelo.
Curva de luz, ingrávida, desciende.
Suave alumna del aire, junto al cielo.

FORMAS SÓLO

Son formas sólo, sin ti
yo no puedo despertarlos:
les ahuyenta un fuego áspero.

Antes, a pie, por las calles,
sonámbula en un espejo,
que está, y no se ve, dormida.

Como luciérnagas ciegas
o arcángeles alocados,
desobedientes, en fuga.

Son formas sólo, sin ti
yo no puedo dominarlos.

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

OFELIA

*Sur l'onde calme et noire ou dorment
les étoiles.*

*La blanche Ophélie flotte comme un
grand lys.*

ARTHUR RIMBAUD

En el fondo del hombre su blanca imagen fluye
como la tenue sombra de la historia más vieja.
Su cuerpo cristalino, cuando lo rozan, huye
como un pez de silencio que hacia la luz se aleja.

Su carne es la del agua; su corazón misterio.
Debajo de sus párpados se engendra el espejismo
con que el Amor confunde los signos de su imperio.
Su cabellera cubre, de la noche, el abismo.

Su rostro puede ser manantial de la aurora
y nuestra vida ser el tiempo que demora
la aparición de Ofelia bajo nuestra corriente.

La muerte en nada opaca, con su violenta estrella,
el pálido fulgor de la eterna doncella
—temblor, apenas nube reflejada en la fuente—.

ALEX FLEITES

**ALGUIEN ENCIENDE LAS LUCES
DEL PLANETA**

Para Zaida del Río

Amiga,
entre tus manos
y este objeto retórico que es mi corazón
el viento del Caribe ha completado un círculo.

En él se ve, como a través del agua,
la fronda que tu pulso dictó secretamente
para que mi palabra se echara a descansar
después de una larga jornada por el mundo.

A veces sucede una llamada nocturna
y tengo que desandar la trama de las hojas
hasta llegar a ese punto donde sólo tú eres posible,
animal atrapado bajo su desnudez de miedo.

Hay quienes padecen la más cruel belleza.
Cierra al dormir, amiga, la ventana.

En todo momento
un hombre enciende las luces del planeta.
Basta para ello que dentro de su irreparable corazón
alguien dibuje pájaros y árboles.
Cuida de mi voz como de un pobre perro.
Es lo que tengo para salvarte y salvarme.

ADOLFO SUÁREZ

LA VIDA VIENE

Llega la vida,
tiene tus ojos,
tus manos, tu sudor
y tu ceniza humilde;
el callo, la joroba,
la erguida y pura
palidez del combate.

Yo, que soy tú,
amo tus dones:
los panes, las palabras
que por calles nacen;
abro los brazos, y uno
contigo y el trabajo,
marcho al encuentro de la vida
envuelto en su alegría fulgurante.

SIDROC RAMOS

LOS OJOS DE LA AMADA EN EL AMOR

Interpretan la vida, la destinan, la nombran
los ojos del amor; los que interrogan
a la vida.

Una rendija en la maraña
de la noche
—un ojo fiel— lo aclara todo: el viaje
de los viejos esquifes
(qué eternidad como de ánades
boga); un ala breve
de endemoniado giro, pitirreando;
un amago de abismos...

Lo rojo asedia a la pupila y la devora.
Desaparece; algo me mira,
que se consume gloria a gloria.
Vaivén, puja, sollozo de la luz
en la escala del grito...

Ya, ya bajo los párpados no yace
una mirada,
sino un suspiro en paz que se demora
—ojo soñado—, puro,
puro.

OSVALDO FUNDORA

EXACTAMENTE ESTA NOCHE

Exactamente nadie podrá decirme
cómo es tu mirada,
nadie podrá saber exactamente
los libros que reposan sobre mi mesa
en esta noche.

Una blanca hoja con mi letra
flota por la habitación:
he ahí los restos de un poema inconcluso.

La brisa del mar entra por la ventana
y yo sudo;
me cambiaré la camiseta,
esperaré las primeras luces en el balcón.
Desde aquí veo a los hombres.
Una mujer ha pasado tres veces bajo mi balcón.
A esta hora los gatos se hacen dueños de la ciudad
recorren las azoteas.
Yo vuelvo la cara y te veo dormida.
¿Por qué con este gesto me llegan los años como
centurias?

Esa mancha azul y nocturna va llenando la sala.
Estoy descalzo,
respiro hondo y busco tus manos,
palomas volando sobre la Plaza Cárdenas,
delfín de mis sueños.

Exactamente esta noche nadie podrá decirme.

FÉLIX CONTRERAS

LA CULPABLE

Que se quede tranquila esa mujer
porque estoy mirando su rostro
con fines poéticos.
Que se quede quieta
tranquila, porque ella es la culpable
no de todas mis angustias ni de todos mis quebrantos.
Ayer yo era un tipo tranquilo y no fumaba tanto.
Ayer yo era un creyente de la soledad,
como si fuera una puerta más para salir que para entrar.
Que se quede muda acaso,
sin decir esta boca es mía
porque precisamente es lo que quiero decir por ella.
Que se quede sin mover una palabra de su lengua
y así dé la impresión este poema
de que cuando ella se acerca
lo que me pertenece es la boca que no dijo
absolutamente
nada.

PEDRO DE ORÁA

TENDIDA COMO UNA FLOR

tendida como una flor rosada sobre las sábanas
una inmensa flor de pétalos opulentos
tallo de pies francos y final delicado
brazos que hacen el rehilete de la alegría
 con el juego de llamas de sus extremos
 astillados en dedos de dulces gotas rojas
ah tus labios del color de los pezones
que musitan las primeras palabras de la locura
ah tus pezones del color de tus labios
como ojos que me miran desde la faz de tu pecho
eres la inesperada eres la desconocida
pero eres la hora más antigua de mi memoria
vertiginosamente te nombro y te amo
y tu sexo asalta mi rostro ahogado de rica expectación
y es como una enorme y dulce herida
en tu cuerpo lleno de fragancia insospechada y mentida
tu sexo condenado al crepúsculo de la tela
y es como una boca coronada de espuma negra
en la que calla el pistilo del orgasmo

hora que descendemos a la noche que nace de tus ojos
y en cuyo espejo te recuerdo y te nombro

JOSÉ LEZAMA LIMA

AH, QUE TÚ ESCAPES

Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.
Ah, mi amiga, que tú no quieras creer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
que va mojado sus puntas en otra estrella enemiga.
Ah, si pudiera ser cierto que a la hora del baño,
cuando en una misma agua discursiva
se bañan el inmóvil paisaje y los animales más finos:
antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos
evaporados,
parecen entre sueños, sin ansias, levantar
los más extensos cabellos y el agua más recordada.
Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar,
pues el viento, el viento gracioso,
se extiende como un gato para dejarse definir.

MI ESPOSA MARÍA LUISA

En la azotea conversable,
con riegos de tu vida,
lees la Biblia.

Era toda tu casa
que ahora tropieza con el humo.
Lees la Biblia
donde una hoja
traspasa el agua
y las generaciones.
Lees con temblor
recordando los hermanos
muertos, el Salmo 23.
Tu madre se lo leía
al hijo que se va a morir.
La hija se lo lee
a la madre a la hora
de la paz de Dios.
Eres la hermana que se fue,
la madre que se durmió
en una nube frente a la ventana.
Los cuatro a mi lado,
me levantan todos los días
para fortalecer la mañana
y comenzar el hilo de la imagen.
Lenta, con dignidad silenciosa,
rompes *la silla de los escarnecedores*.
Cuando sacudes las almohadas
llenas de plumas de ángeles,
recuerdo en la lontananza y repito
con precisión: en delicados
pastos me hará yacer.
Cuando la muerte sopla la puerta
de entrada, en la muralla momentánea,
traes la vara y el cayado.
Así miro la nueva extensión,

allí hay que caminar como un ciego.
Con el cayado sorprendo
la altura de la marea desconocida
y palpo la esponja de entresueño
para volver a la tierra.
Contigo la muerte fue anterior
y efímera y la vida prevalece
por amor de su nombre.

RAÚL GÓMEZ GARCÍA

QUÉ...?

Qué...? Piensa, mi mente,
Evoca el sano recuerdo grato...
Oye los cánticos de audaz ayer...
Ella fue tuya... Tú fuiste de ella...
Hoy... Hoy tú no puedes sentirla dentro,
Oír la magia de sus pasiones,
Sentir el sueño de su ilusión.

Piensa, mi mente... Aunque ella es muerta,
Ella está viva en mi corazón...!

MARIA LUISA MILANÉS

JAM NOLI TARDARE

Ven hacia mí, no tardes, dulce dueña
de la región bendita con que sueña
el cansancio profundo que me abruma.

Fuerzas no tengo ya para llamarte.
Ven hacia mí; cansada de esperarte,
¡oye la voz de mi impaciencia suma!

¿Qué esperas ya? Me impulsas a buscarte
en el silencio eterno que te envidio,
y a cada rato vienen a anunciarte
las mariposas negras del suicidio!

No tardes más, no venga un nuevo ensueño
a turbar nuestra amor y nuestra unión,
quiero que duerma su tranquilo sueño,
sin despertar, el pobre corazón...

ALBERTO RIERA

**AMOR, MI PRINCIPAL
Y DIESTRO AMIGO...**

Amor, mi principal y diestro amigo
de belleza hospedada en la palmera,
el corazón, de estreno y voz entera,
en esta tierra nunca halló enemigo.

Abrillanta la sangre cuanto digo,
negando que la muerte y su nevera
enfían el calor y la quimera
si ponen nuestro gozo por testigo.

Amor, pasó el amor de huella clara,
signo veraz labrado de regreso,
serena joya antigua del que amara

la sombra de un perfil pulido, inerte
duplicado recuerdo puro y preso
en la bruma increíble de tu muerte.

LUIS ROGELIO NOGUERAS

MATERIA DE POESÍA

Qué importan los versos que escribiré mañana
ahora cierra los ojos y bésame carne de madrigal
deja que palpe ciego el filo de tus piernas
para cuando tenga que evocarte en el papel
cruza entera por mi garganta profunda
entrégame tus ojos voraces tus dientes asesinos
quítate el alma con un susurro de brumas acariciadas
y deja que salte hacia mi sangre
el animal que acecha preso entre tus pechos
Qué importa el poema donde fluirás inmaculada al alba
ahora dame la húmeda certeza de que la noche es
nuestra
y de que estamos vivos
ahora posa ferozmente desnuda
para el madrigal donde sin falta florecerás mañana

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

OFRENDA

¿Qué te puede ofrecer el canto mío
si el presente no cuadra a tu belleza,
y hasta mi amor ardiente en su grandeza
para ofrendarlo a ti, resulta frío?

No te doy lo que quiere mi extravío,
mas te doy lo que puede mi pobreza;
el espíritu lleno de ternura
y el laúd que lamenta tu desvío.

Y el alma he dividido en mil fragmentos;
trocados en mi lira por acentos
(pues del alma mis versos son retazos).

Y así de pie mi cantiga amorosa
va esparciendo del alma los retazos
como lluvia de pétalos de rosa...

DECLARACIÓN

En la penumbra del jardín silente
vibró la voz de mi febril anhelo
y el tímido relato de mi duelo
movió tu corazón indiferente.

La voz al cabo se tornó valiente
y al varonil reclamo de mi celo
se volvieron tus párpados al suelo
y sonrojada se dobló tu frente.

Mas tu boca impasible quedó muda.
El «no» que siempre te dictó la duda
abrió apenas la curva purpurina,

y por ahogarla, de pasión obseso,
desfiguré tu boca peregrina
bajo la ruda compresión de un beso.

CANCIÓN DEL SAINETE PÓSTUMO

Yo moriré prosaicamente, de cualquier cosa
(¿el estómago, el hígado, la garganta, ¡el pulmón!?),
y como buen cadáver descenderé a la fosa
envuelto en un sudario santo de compasión.

Aunque la muerte es algo que diariamente pasa,
un muerto inspira siempre cierta curiosidad;
así, llena de extraños, abejeará la casa
y estudiará mi rostro toda la vecindad.

Luego será el velorio: desconocida gente
ante mis familiares inertes de llorar
con el recelo propio del que sabe que miente
recitará las frases del pésame vulgar.

Tal vez una beata, neblinosa de sueño,
mascullará el rosario mirándose los pies;
y acaso los más viejos me fruncirán el sueño
al calcular su turno más próximo después.

Brotará la hilarante virtud del disparate
o la ingeniosa anécdota llena de perversión,
y las apetecidas tazas de chocolate
serán sabrosas pausas en la conversación.

Los amigos de ahora —para entonces dispersos—
reunidos junto al resto de lo que fue mi «yo»,
constatarán la escena que prevén estos versos
y dirán en voz baja: —¡Todo lo presintió!

Y ya en la madrugada, sobre la concurrencia
gravitará el concepto solemne del «jamás»;
vendrá luego el consuelo de seguir la existencia...
Y vendrá la mañana... pero tú, ¡no vendrás!...

Allá donde vegete felizmente tu olvido
—felicidad bien lejos de la que pudo ser—,
bajo tres letras fúnebres mi nombre y mi apellido,
dentro de un marco negro, te harán palidecer.

Y te dirán: —¿Qué tienes?... Y tú dirás que nada;
mas, te irás a la alcoba para disimular,
me llorarás a solas, con la cara en la almohada,
¡y esa noche tu esposo no te podrá besar!...

FRANCISCO DE ORÁA

BODAS

Ya el tiempo no me hiere
con la velocidad de su ceguera,
ni muero en lo que muere,
mientras mi compañera
quiera que el hambre de su ser no muera.

Con su calor oscuro,
la incesante agonía del deseo
y el blanco fuego duro
bajo el ciego jadeo,
que jineteando tiempo aguijoneo.

Bebo el ácido zumo
en la raja del fruto, en la costura
del alma, donde el humo
de Dios con su negrura
tiene entre valvas rosas abertura.

Absoluto agujero,
la noche que me esconde en apretura
y donde vivo y muero
es noche de locura
si meto el cuerpo ardiendo en su juntura.

Clavo en la noche, injerto
en la pulpa del ser; vulva despierta
para sueños de muerto;

placenta para el solo; absorta puerta
a lo más noche de la noche abierta.

Secreto de la esposa
cama de vuelo y cópula de llamas
en una sola rosa,
cruz de raíz y ramas
que un solo árbol de huesos amalgamas.

Una paloma junta
noche con noche, fuego y fuego en cada
vuelo a más alta punta;
y delira la nada
de feroces imágenes preñada.

En paloma redonda
el mucho ser un solo espejo anuda,
la ciega noche se ahonda
en su concha velluda,
y el vuelo de la gracia se desnuda.

Duerme un ánfora toda
la furia, el vértigo toma contorno,
sube la noche a boda,
saca el amor del horno
rojas palomas con la muerte en torno.

La muerte se rezaga,
muerde en mi médula quemante unto
con dulzura de llaga,
y en recóndito punto
el ciego fondo de mi ser pregunto.

Toco el mundo en su entraña,
su silencio que arropa sufrimiento,
y el tiempo en su maraña
y la noche que tiento
su entresijo me dan como alimento.

Y ya en mi boca el mundo
de un solo sentimiento se vacía
donde a ciegas me hundo:
Sufrimiento profundo.
¡Alegría! ¡Alegría!

GEORGINA HERRERA

SIMPLE ES EL SALUDO

—Hola —dice el hombre.
Toca en mis nervios algo
como si un viento
lamentable soplara suavemente.

—Hola —insiste; breve
y simple es el saludo.
No respondo.
¿Qué gesto o qué palabra alzar, como respuesta
a quien un tiempo atrás
(no mucho)
tan sólo con su mano y su palabra
me volvió tempestad?

Tanto no ha sido
el tiempo deslizado desde entonces
y
¿recuerda o no este hombre
cuando fui tempestad
bajo su mano y su palabra?

REINA MARÍA RODRIGUEZ

PESTAÑAS DE MADERA

con tus pestañas de madera abres la mañana,
para que inunde el polvo mi caserón despierto
y el sonido del aire meza la mamparas,
los cuadros que se borran bajo el sol,
su deuda de diciembre enamorando la claridad.

con tus pestañas recorres la distancia
y ocultas el amor.

con tus pestañas vengo a desnudar el cielo
sobre las noches pálidas y la persiana inmensa
del tiempo inevitable que buscan
las estrellas.

OCTAVIO SMITH

LA EXTRAÑA ORACIÓN

*et laisse-moi périr, mes lèvres
aux tiennes*

HANS CASTORE

«El cuerpo es bello y una misma cosa
con el amor y con la muerte», decía
el joven fáustico de rodillas
en el lucífero sanatorio entre la nieve.

La que sentada acoge inmensamente
con ironía honda y con suave enigma
¿piensa en verdad que el cuerpo sea
uno con el amor y con la muerte?

Él es, cierto, la flecha erguida,
cazadora, digamos, de absoluto,
pero también *Arteria Femoralis*,
la gracia orgánica en el fondo
de la blancura cuya suave
textura no es de estatua
sino de tiernos poros vulnerables
—y he aquí el amor enamorado
de las mismas glorias de la muerte—.

El joven fáustico discurre,
pálido, sobre gloriosos claroscuros.

La acogedora calla inmensamente,
tal como el absoluto que flechar.

Hermoso es que no podamos con nosotros
(o con algo que fue puesto en nosotros),
hermoso el el delirio del calvero
donde el refino lunar hierve
y las vertiginosas rondas giran,
hermoso es susurrarle al blanco cuerpo
«déjame perecer, mis labios en los tuyos»,
y todo, todo ese amor que devastado
marcha al encuentro del umbral.

ROBERTO BRANLY

LA SEQUÍA
(Fragmento)

2

A veces me pregunto qué tipo de bestia suave
que consumo de piel emponzoñada alimenta
el péndulo del día, las horas apacibles,
de costumbres remansadas;
qué afán que como estrella se congela,
se va entibiando hasta que el soplo; levemente,
se diluye en las cenizas.
Pienso en otras noche, no de tristes remembranzas,
en que todo era temblor, un cántico de sangre,
un volteo apenas de las sábanas,
la crepitación, el vaho, la densidad oscura y tibia
de otro cuerpo;
pienso ya sin la nostalgia,
y siento que este cálido animal que soy en las raíces,
iba ya soñando nuevas formas tendidas en la fiebre;
recatadamente, yo, este breve resplandor de la materia,
quedaba en sueños, en frenarme, en negar la furia
y disparar toda aventura, maravilla,
hacia un laberinto de aguas negras, de estupor,
de olvido, de penumbra acaso.
Pero —ya es así—, la triste fiera,
siempre, desde el fondo,
ruge en medio del desierto

Y si después de repartirnos
los libros y los autos,
después que usted me abandonó
tan cortésmente este apartamento;
después de todo este ajetreo
de suegras llorando en brazos,
una de la otra;
y si después de esta soledad
que me subleva, que me encajona
entre las cuatros paredes;
y si después que usted,
según me ha dicho,
se pasó casi todo un año aborreciéndome,
desqueriéndome, menospreciándome
y chivando con lo de la moda masculina
y mi falta de habilidad mecánica;
y si después que yo le confesé
que hacía bastante tiempo
que todo era aburrido,
pero que me daba igual pues así sucede;
y si después que usted se llevó
su batidora, alguna ropa,
y, sin embargo, me dejó la libreta
de abastecimientos;
y si después que usted se ha instalado
en varios sitios sucesivos,
y cada semana viene a que le laven
y planchen los vestidos;
y si después de ir los dos al notario
a firmar los poderes

por incompatibilidad, resulta
que tú descubres que estabas, a pesar de todo,
ligeramente enamorada,
qué chascos los dos. ¿eh?, qué gran chasco:
porque ambos somos un par de soberbios,
de orgullosos insoportables,
y no habría regreso posible...

NANCY MOREJÓN

TE AMO

te amo

estás en sustancia y tu nombre se podría
acariciar con sonrisas negadas hay un número
indecible de tus poros en mí hay en la vida misma
una presencia tuya un desaliño propio es que las
flores continúan hilando dolor mientras mi sangre
importa calma promesas como aguas perdidas
como si atravesara cristales como si dormitara

te amo

y la angustia que mis dedos abrazan carece de
testigos no argumenta venganzas este viernes en lugar
de pedir perdón a lo que amas merece caminar
por arenas sangrientas sin que nadie te aguarde siquiera
los peces ni las piedras ni la ciudad ni la hierba no
ni suciedad ni polvo ni pericia tampoco habrás de
la soledad quizás cuando

te amo

no conozco paredes ni trastes solamente comienzo a
poseer

mentiras y verdades tú me surges de todo y esa hora
completa

en que escoges al viento

nace para cada rasgo triste de mi rostro si este tiempo
padece como una línea abierta quisiera batallarte para

los que
no quieran mirar a nuestros lechos les ofrezco esta voz

te amo

RAÚL LUIS

VERSOS DEL BUEN QUERER

Van deshaciendo mis manos
El pabellón que levanto;
Apago, lívido, el llanto
Con el fulgor de tus manos.

Si parezco sospechoso
De no ser aquel poeta,
Ámparame la silueta
Y piensa que soy dichoso.

No hay en tu pecho reposo,
No hay en mi pecho agonía,
No olvidaré el claro día
de tu monte rumoroso.

Ando, desando y camino
Tu grave cuerpo desnudo;
Beso tus párpados, mudo,
En las llamas del camino.

Me pierdo en la cruel nobleza
De tu profunda mirada;
Quiero ser, y no soy nada,
Rico de tanta pobreza.

No me mires azaroso
Fiero metal, dulce espina,
Levanto mi patria fina
Al corazón venturoso.

Vuelvo sangrado de olvido
Al muladar de la suerte.
Quiero vivir con mi muerte
Sobre tu pecho dormido.

DORIA

¿De qué modo llevabas al preciso
Fuego de tu profunda lejanía
Esa feroz y grave melodía?
Y yo que te ofrecía el Paraíso

De sordas aventuras y bondades
Llegabas naufragando con la vida
Silenciosa y atroz como una herida
En mitad de tus hondas soledades.

Oscuro de pavor y de ternura
Entro en tu claro y cierto y desolado
Y hondo cuerpo desnudo y recatado.
Lívido de esplendor y de locura

Juego por tus ocultos manantiales
Limpias cartas recónditas, marcadas
Como las espaciosas madrugadas.
Y paso por tus aguas torrenciales

Del azar en que vibra misterioso
El encanto. Solar es tu presencia
caminando en la plácida inocencia.
Llego caudal y lento y amoroso.

Noble y mortal tu aciago cuerpo asumo,
Rostro de maravilla. Nube mansa
En que tú vas. La tarde no descansa
De ti que eres tormenta y pan y humo.

¿Y qué remota historia estoy contando
Hecha de memorias de otro mundo?
¿Qué duelo, qué fulgor, de qué trasmundo
Es esta historia que te estoy contando?

Que no se borre este celaje oscuro
A donde vuelvo silencioso y hondo.
Que no se precipite desde el fondo
Tu cuerpo grávido y terrestre y puro.

RAFAEL ALCIDES PÉREZ

CRÓNICA DE AMOR
(Fragmento)

Tocados por la luna y la prisa
hablamos de muchas cosas:
cacerías de osos, jabalíes, puestas de sol a mediodía,
continentes que no acababan nunca.
Era de noche de finales de verano y habían transcurrido
tres años
que te pasaste viajando en un barco, hundíendote
porque te daba la gana. Aún ahora te rodeaban maletas,
sábanas
recogidas con premura en el último minuto de los
aviones.

Por efecto quizá de aquella rueda de cherna,
comida sin mayor ilusión, de la nostalgia
y la cerveza, yo me puse serio un instante para hablar de
la mentira mientras mi mano temblorosa rallaba
un fósforo.

Recuerdo que tus ojos brillaron de pronto en su parcela
de oscuridad, bajo el relámpago. Un odio amoroso
se asomó entonces a la puerta de tu pecho
para gritar con ese modo tuyo de mujer asesinada
entre mis besos,
que, en efecto: los mentirosos debían ser pasados
por la silla eléctrica. Sin contemplaciones,
agregaste. Recuerdo también que temí, vacilé por un
instante.

Pero por un instante nada más. Jamás he tenido nada
que ver con los mentirosos. Ni siquiera he
suministrado informaciones por teléfono
acerca de la salida de los próximos barcos,
y los pasajes para huir fueron costeados por tu propia
decisión de no quedarte,
que aún no has terminado de pagar. De todos modos,
como quiera que no me gustaría ver ardiendo tu lindo
pellejo desmemoriado,
toma este mi talismán de la buena suerte, mi
dulce buena amiga, el mismo que te ofrecí con lágrimas
aquella tarde junto al palo mayor de un buque que
se iba para siempre
y en el cual se puede leer, ahora
como entonces: *Cuidado, enamorados. Ojo
con los asuntos del vocabulario. Desconfiar de los viajes
cómodos.*

HELIO GROVO

LA P DE PILAR

A Pilar Bustos

Pilar es un pilar.
El paraíso, la palabra
de lo puro,
un planeta inaudito,
la paloma, un peldaño
hacia Pierrot.
El parto de los montes,
la pregunta sin par, una provincia,
el pan de los poetas.
Pilar es un pilar.
La página que no se ha escrito,
la piñata del sol, una proclama
patria, porción
de amor, paleta original.
Pilar
merece bien esta acepción
Larousse:
Pilastra
muy
aislada.

ADOLFO MARTÍ FUENTES

AMOR

Mudo amor, ceñido amor,
magnífico amor asombrado,
tenue amor enamorado,
carcelero tentador.
Oh, perpetuo flechador,
herido adalid, hondero,
por tu mañana de enero
vienen diciembre y su noche,
¿qué amor, encendido broche,
de mi corazón, espero?

OSVALDO NAVARRO

ELOGIO DE LA BELLEZA

La belleza fue siempre una mujer callada
que se llamaba Helena y que inventó aquel griego,
poeta el pobre hombre y por lo tanto ciego,
que en la piedra del alma nos la dejó tallada.

La belleza fue siempre una mujer irónica
que se llamó Gioconda y que inventó un pintor,
lúcido el pobre loco, por lo tanto inventor
de una verdad que nunca fue apacible y armónica.

La belleza fue siempre una verdad en juego,
un amor prohibido, las manos en el fuego,
la mentira piadosa más dicha y más negada.

La belleza fue siempre luchar contra el dolor
y una sed permatente que no calma el amor.
La belleza fue siempre una mujer soñada.

OTTO FERNÁNDEZ

SIN QUERER

Silencio: ella se ha ido
en puntillas sin querer,
con los ojos agrandados
del miedo de no volver.

Su habitación está sola,
su quijote en la pared,
la silenciosa pianola
sin sus manos, ni su sed.

La guitarra abandonada,
sus cuerdas sin comprender
dónde fue la mano alada
que las hizo enmudecer.

Silencio: ella se ha ido
con miedo de no volver;
leve le sea su estrella:
ella se fue sin querer.

JOAQUÍN G. SANTANA

GISELLE

Entre las flores de un boulevard pequeño,
frente al teatro Bolshoi,
una muchacha me habló en español.
Tenía la piel más suave de este mundo,
suave como el cerezo. Y se asomaba
un pájaro a sus ojos.

—Madre no fue dichosa en el amor
—eso me dijo—, si es que el amor
es caminar Moscú entre poemas,
bien abrigados y bien alimentados,
como ahora.

La vi sentarse entre las hojas muertas.
Sacó del bolso una foto del padre,
tomada en el invierno del 44.
Envuelto en el capote del Ejército Rojo,
el hombre sonreía.

Estallaban las bombas sobre los abedules
y aunque a este batallón lo aniquilaron,
el hombre sonreía.

Frente al teatro Bolshoi, entre las flores,
yo conocí a Giselle.

Me enseñó su carnet del Konsomol:
allí estaba, prendida a su retrato,
la sonrisa del soldado muerto.
Y el boulevard pequeño, muy pequeño
se nos llenó de pájaros.

MARÍA VILLAR BUCETA

ENRIQUE LOYNAZ

Sacerdote de la belleza,
exultador de lo irreal,
el credo de este artista empieza
más allá del bien y del mal.

Extraordinario y paradójico,
en su fiebre de creación
a sabiendas subvierte el lógico
proceso de la concepción.

Uniendo en cópulas monstruosas
lo anímico y lo animado,
halla fórmulas armoniosas
su arte sutil y complicado;

y su alma a dócil cuerpo inicia
en caminos de perdición,
cuando, en misas negras, oficia
con ostias de condenación.

Celoso de su misterio
de arte y de voluptuosidad,
arropa en gasas de misterio
su extraña personalidad

e inhumano sin ser divino
en su anhelo de perfección,
ahoga el amoroso trino
del ave de su corazón.

A un tiempo cándido y perverso,
por fidelidad a su fe,
da su vida —su mejor verso—
a la belleza —su Friné.

Mas por aplicar el cilicio
a todo ímpetu carnal,
en cuerpo y alma incuba el vicio
raras floraciones de mal.

Une a una humildad franciscana
su soberbia de creador:
a la anónima grey humana
hurta los dones de su amor.

Tal es maravilloso artista
que, en hierática soledad,
con su vida y obra conquista
un puesto en la inmortalidad.

Y pues agito el incensario
dormido de mi corazón,
vierta sobre él mi comentario
un humo de consagración.

FELIPE PICHARDO MOYA

GATA

Tenéis algo de gata, de una gata de Angora,
Con vuestros raros ojos llenos de luz de ocaso.
Parecéis ser mimosa, y quizás sois traidora.
(Por vos «Mujer y gata» versó Verlaine acaso.)

Hecha un ovillo, tibia, en la amorosa hora
Quizás si salten chispas de vuestra piel de raso,
Y un maullido habrá en vuestra voz acariciadora
Como hay una cadencia felina en vuestro paso.

Sois elástica y fuerte. Vuestros ojos, a ratos
Las miradas del dueño por todas partes buscan;
Y frágil, voluptuosa, igual que hacen los gatos.

Enarcáis vuestro talle, el busto y las espaldas...
Vuestras pupilas brillan y en su fondo coruscan
Perturbadoramente, dos puntas de esmeraldas...

SUEÑO

Ven a soñar conmigo. Partamos nuestro afán
Tal como partirían dos mendigos su pan.
Duérmete aquí a mi lado. ¿No es acaso mejor
Dormir, que hacer la trágica comedia del Amor?
Sacerdotes de un mismo desconocido culto
Nos aventuraremos por un sendero oculto
Con las dos manos juntas. Libres de pesimismo,
Como un fénix la aurora irá en nosotros mismos!
Se dormirá la carne en un plácido sueño
Y el corazón será de todo único dueño.

Así dije. Y la amada, la de cándidos ojos,
Húmedos y ardorosos me dio sus labios rojos.

JORGE FUENTES

LEDA

Y hubiera creído que aquella tenue mujer
desapareciera a causa de la muerte
(a causa de su causa).
Y que no volvieras Leda,
que no volvieras.

SAMUEL FEIJÓO

TRANQUILA

Sé tú tranquila
para que yo piense
en una roca sobre el mar de la tarde
y una gaviota alta.

Sé tú tranquila
mi amor,
para que yo pueda ver la tarde
que m has abierto.

Para que pueda ver
el cielo de la tarde sobre el mar
de la muerte
a donde voy sin ti.

Sé tú tranquila.

HOY

Si he de decirte adiós que no sea hoy.
No; hoy
una solitaria nube

cruza como la inocencia
y la luna que sale
es un barco de velas incendiadas.
En el silencio blanco,
sobre la arena de la playa
no debo quedar solo
hoy.

DESPEDIDA

«Adiós» —le dije. «Adiós»,
me dijo con su mirada;
yo iba para una muerte
de neblinosas arenas.
Adiós, ya nunca veré
tus ojos mansos y tristes:
la paloma de tu rostro
ya no volará en mis manos.
Adiós, lumbre; adiós mi astro
de juveniles miradas;
adiós, adiós; hazme pura
la infinita despedida.

ELISEO ALBERTO DIEGO

**POEMA DE AMOR A LA SALIDA
DE UN CINE**

Quisiera saber el nombre de la joven estudiante
que recolecta naranjas en el noticiero de la semana
Aquella de los grandes ojos claros cuya sonrisa
debe servir de estímulo a la dulzura de los campos,
la muchacha del pañuelo azul en la cabeza,
la que se va corriendo y al final me dice adiós.
¿Cómo no dar una serenata por su limpia carcajada?

Y mucho más porque estoy seguro de que un buen día
me tropiezo con ella en una fiesta o en un desfile,
o descubro su sonrisa bajo el cubreboca de una
una enfermera,
o me la encuentro de arquitecta al pie de una obra,
o resulta ser la nueva maestra de Historia Universal
que explica a mi hijo la lucha armada en la Sierra,
las horas de Playa Girón y la zafra del año setenta.

Pero mientras llega ese día yo le escribo estos versos
que quizá descubran antes sus grandes ojos claros
y le hagan recordar una cosecha de naranjas muy dulces,
o un romance en el pasillo de una escuela nueva,
o aquella mañana cuando vinieron los del cine
y la pusieron nerviosa con sus cámaras indiscretas.
Cuando al fin la encuentre y sepa su verdadero nombre
voy a preguntarle una y otra vez por su pañuelo.

JOSÉ MARTÍNEZ MATOS

ROMEO Y JULIETA II

Para Otto

Extraños son lo iniciados,
los que esparcen las barajas como gotas de luz.
Extraños son y se conocen.
(Han vuelto
sus cuerpos al revés)

Como un odio les baja el amor
y sus ojos queman en medio de la noche.
Se aman y ya la luz entra en ellos
y ya la noche les quema las gargantas.

Ah, si pudieran, con qué placer se desgarrarían
con las uñas o los dientes.
(Un cuchillo quizás brilló en sus pensamientos.)
Sueñan los mismos sueños,
sienten los mismos versos,
confunden sus manos cuando lanzan las barajas
como gotas de odio.

De madrugada el juego ha terminado:
se aman,
mas sus cuerpos no se funden.
No son humanos, a lo sumo
dos barajas de un sueño interminable.

ASÍ COMO LA NOCHE

Así como la noche entra en el mar y lo aquieta,
así como el aire trae el pan y las rosas
y la alegría de la mañana no nos esquivo,
así como el ramo de flores se pone en el jarrón
y se esparce por la casa como un recuerdo,
así como corren los niños salpicando arcoiris
y no puede el hombre volver a su infancia,
así como un día nace un árbol entre el bramido del mar
y se llena de trinos,
así es tu sonrisa.

Así como el día y la noche deben juntarse,
así tendrán que juntarse nuestras manos.

DAVID CHERICIÁN

CATALINA

Catalina, pequeña flor de Europa,
piel de melocotón, ojos de gata,
qué bien te ves así, lejos del patio
donde ahora estoy solo, Catalina,
pequeña flor de Europa, te recuerdo.

Catalina, pequeña flor de Europa,
pechos breves, hocico de conejo,
aprendí algunas cosas en tu lengua
y tu París de humo entra en mi casa
donde ya no estoy solo, Catalina,
pequeña flor de Europa, te recuerdo.

Catalina, pequeña flor de Europa,
muslos de espuma suave, pies ligeros,
jugamos al amor y lo tuvimos
y lo perdimos al final del juego,
nadie baila en el patio de las monjas
que se ha quedado solo, Catalina,
pequeña flor de Europa, te recuerdo.

Catalina, pequeña flor de Europa,
pelo de paja, vientre mediodía,
gracias y buena suerte, ya ganamos

memoria y libertad, hemos vencido,
si yo supiera cómo recobrar
no movería un dedo, al fin y al cabo
todos estamos solos, Catalina,
pequeña flor de Europa, te recuerdo.

JESÚS COS CAUSSE

HISTORIA COTIDIANA

Mi amor,
tengo sueño y las manos heridas:
las hojas de las cañas son cuchillos vegetales.
Llueve tanto que la distancia desaparece.
Alguien dice que son aguas viejas, que ahora es
que llegan. La lluvia humedece nuestros planes,
hay unos cuantos campos esperando, muchas
mochas

calladas.

Está triste la tarde, como cuando nos acostamos
sin comer,
necesito una carta, decir un poema, tenerte cerca.
Sólo la tierra conoce el secreto de la lluvia:
dentro de poco estallarán las semillas.

El amigo Mariano vio la foto tuya
y quiere conocerte,
te pareces a un recuerdo de su infancia.
Mi amor,
trabajamos hasta donde la noche asusta,
estamos cansados y seguimos, enfermos y seguimos.
La vida será leña y fuego, pan en el horno.
Escampa ceremoniosamente.

QUE FALTA ME HACE UNA GUITARRA

Para Nilda Arzuaga

*Lleva en su alma la bayamesa
tristes recuerdos de tradiciones*

SINDO GARAY

Ahora más que nunca comprendo aquella canción de
Sindo,
y sospecho que tus ojos son coches serenos atravesando
estas calles y mis recuerdos. Mañana la historia le
pondrá un rostro extraño
a nuestro amor y nuestras cartas serán leyendas para
los poetas de entonces.
Perdo desde ese instante todas las palomas tendrán que
pasar por tu puerta,
y la lluvia, antes de caer solemne sobre las teja viejas,
tendrá que romperse
en música frente a tu ventana.
Ya no pregunto por qué este pueblo tiene tantas palmas
y acepto
el asombro feliz del paisaje cuando pasan las aguas
del Cauto.

Que falta me hace un guitarra.

Uno no sabe nunca en qué amor acabarse, en qué salto
cruzar las cenizas,
porque ni un jardín detiene el paso de la muerte y
juntos desaparecen
el recuerdo y el amor.
Cómo llamarte cuando la muerte se lleve esta

ROLANDO LÓPEZ DEL AMO

ELEGÍA II

¿Qué flota más allá de tu presencia,
qué no pensada soleda, qué sombra?
Tú me recibes como vieja estancia
y es amable el estar, pero da miedo
la puerta de cristales en el fondo.
Cuando diga tu nombre,
¿en qué oscuro rincón vas a escucharlo?,
¿por qué calles habrá de ir entonces,
buscando, preguntando?
¿Quién podrá detenerte
si la más alta voz no te lo pide?
¿Cómo será quedarse en el recuerdo
y no ser más que imágenes antiguas
que ya no pueden sorprender?

Tú, lejana y extraña en tu silencio,
en esa forma de callar ausente,
igualando los días a las noches.
¿Por qué brecha del tiempo,
por qué largo camino de las horas
encontraré las huellas de tus pasos?
Está la niebla en el portal, duele la vida.

ROLANDO ESCARDÓ

FUEGO NEGRO

Tus ojos me hablan de extraños mundos
a los que no he viajado
ciudades
sitios aislados
fantasmas míos
que reconozco huyendo
de tu abrazo

Bien mío
estrella
signo que viene a este valle de lágrimas
quién podrá detenerme
quiénes se atreverán

El filo de mi puñal brilla en tus ojos de plata
oh alma
en tus ojos platas hechos para mi deleite
de instante en instante

POEMA

Amiga para mi piel, amiga.
Yo me pregunto, yo me pregunto,
¿hacia qué tacto viajarán
tus manos?

¿qué caracol sorprende
tu mirada?

Aún no conozco nada de ti,
¿ni tan siquiera el peso
de tu palabra enamorada?
¿y esa tristeza que tienes en
las manos?
Yo me pregunto amiga,
yo me pregunto.

ESPERA

Cuánto esperar hasta mañana
tu saludo;
el paso tuyo por mi puerta,
donde me pongo a contemplar
el cielo.
Cuánto desear: no llueva,
no pase, no suceda una causa;
en fin,
algo que envuelva el apretado
abrazo de la muerte;
porque yo estuve y estoy solo
y tengo miedo que ahora llegue.

Cuánto esperar tu reciente
amistad,
tus labios doscolgando un beso,
tu rostro sonriente
como para que te quieran,

y tu agudo perfil chocando
con mi pecho...

Cuánto esperar hasta mañana
tu saludo,
tu saludo a mi corazón
en medio de furiosas horas
oído tantas veces desde lejos.

RAFAELA CHACÓN NARDI

SONETO POR SU VOZ

Su voz me ciñe más que su presencia,
su voz hermosamente masculina,
su musical arista en que termina
toda posible duda y toda ausencia.

Tengo su voz y tengo su presencia
en desatadas ondas de agua fina,
nueva y azul... Su voz que determina
hasta los límites de la inocencia.

Lámina de ceñidos resplandores,
dulce metal, acuático sonido,
espejo de humo y vagos surtidores...

Ya por su voz el llanto se contiene.
Y al borde de su boca y de mi oído
toda la paz del mundo se detiene.

AMOR QUE NACE CON PALABRA PURA...

Amor que nace con palabra pura
y voz de nieve y corazón de cielo.
Amor que todo en mí lo transfigura:
el júbilo y la angustia y el recelo.

Es algo más que un poco de ternura
o la ansiedad eterna o el desvelo.
Es a la vez la llama que tortura
y la caricia fiel de terciopelo.

Ángel de sueño en sueños conocido.
Jardín cerrado. Templo transparente.
Isla de amor y llanto contenido.

Repose en ti mi corazón vencido.
¡Oh, flecha que me hieres de repente
con el celeste fuego del olvido!

RENÉ LÓPEZ

SENSACIÓN

Ayer te vi: tu rubia cabellera
recogida por hábil peinadora,
era un tinte topacio de la aurora,
o mustia y amarilla enredadera.

Tu talle encantador como palmera
sujeto por la cinta brilladora
de verda grana, tornasol que llora,
parecía una mágica quimera.

Entreabrías tus labios anhelantes
aspirando las brisas refrescantes,
cual cálices de rosas aromosas;

y tus ojos azules, semejaban
jirones de los cielos que adornaban
los días del Otoño misterioso...

ÚLTIMAS FLORES

Este ramo de flores, que te envió
cortadas como mágicos ensueños,
aún conservan sus pétalos sedeños,
las perlas de rocío.

Tienen mucho de mí, tienen mi frío;
he puesto en ellas mis hermosos sueños,
y he bordado en sus pliegues mis risueños
amores, amor mío!

En las rosas grabé mis ilusiones;
y en los nardos tracé mis decepciones
amargas y crueles.

Pero mi amor desesperado,
es que me mató, lo he sepultado
en los rojos claveles!

NICOLÁS GUILLÉN

UN POEMA DE AMOR

No sé. Lo ignoro.

Desconozco todo el tiempo que anduve
sin encontrarla nuevamente.

¿Tal vez un siglo? Acaso.

Acaso un poco menos: noventa y nueve años.

¿O un mes? Pudiera ser. En cualquier forma
un tiempo enorme, enorme, enorme.

Al fin, como una rosa súbita,
repentina campánula temblando,
la noticia.

Saber de pronto

que iba a verla otra vez, que la tendría
cerca, tangible, real, como en los sueños.

¡Qué explosión contenida!

¡Qué trueno sordo

rodándome en las venas,

estallando allá arriba

bajo mi sangre, en una

nocturna tempestad!

¿Y el hallazgo, enseguida? ¿Y la manera

de saludarnos, de manera

que nadie comprendiera

que ésa es nuestra propia manera?

Un roce apenas, un contacto eléctrico,

un apretón conspirativo, una mirada,
un palpar del corazón
gritando, aullando con silenciosa voz.

Después
(ya lo sabéis desde los quince años)
ese aletear de las palabras presas,
palabras de ojos bajos,
penitenciales,
entre testigos enemigos.

Todavía
un amor de «lo amo»,
de «usted», de «bien quisiera,
pero es imposible»... De «no podemos,
no, piénselo usted mejor»...

Es una amor así,
es un amor de abismo en primavera,
cortés, cordial, feliz, fatal.

La despedida, luego,
genérica,
en el turbión de los amigos.

Verla partir y amarla como nunca;
seguirla con los ojos,
y ya sin ojos seguir viéndola lejos,
allá lejos, y aun seguirla
más lejos todavía,
hecha de noche,
de mordedura, beso, insomnio,
veneno, éxtasis, convulsión,
suspiro, sangre, muerte...

Hecha
de esa sustancia conocida
con que amasamos una estrella.

ALTA NIÑA DE CAÑA Y AMAPOLA

Primero fue su rápida cintura,
la órbita de oro en que viajaba
su cuerpo, el mundo joven de su risa,
la verde, la metálica
naturaleza de sus ojos.
¿La amé? Nunca se sabe.
Pero en las noches tímidas,
en las nubes perdidas y sonámbulas
y en el aroma del jazmín abierto
como una estrella fija en la penumbra,
su nombre resonaba.
Un día la distancia
se hizo un largo suspiro.
¡Oh qué terrestre angustia, en un gran golpe
de nieve y lejanía!
¿Sufrir? Nunca se sabe.
Pero en las tardes tristes,
en la insistencia del familiar del Ángelus,
a la hora del vuelo taciturno
del búho y el murciélago,
como en un ensueño simple la veía.
Al fin he aquí que el viento,
he aquí que el viento al fin me la devuelve.
La he tenido en mis brazos, la he besado
en un tibio relámpago.
Toqué sus manos lentas,
la flor bicéfala del seno, el agua
de su lujuria inaugural... Ahora,
oh tú, bienesperada,
suave administradora

del fuego y de la danza,
alta niña de caña y amapola,
ahora ya sé que sufro y que te amo.

GRANATE

Ya en tu carne hay ardores meridionales,
y en tu cuerpo magnífico de pantera
una jocunda y cálida primavera
dibuja esplendorosas curvas triunfales.

Amo prende en tus ojos llamas sensuales;
la sangre ya empurpura tu faz de cera
y bajo tu camisa, blanca y ligera,
tus senos incipientes son dos puñales.

Mas yo sé que tus labios, donde está preso
el beso —esa libélula roja y rara—
no saben del encanto gentil del beso...

¡Feliz yo si lograra que en ansia loca
mi ebria boca de sátiro derramara
la dulzura de un beso sobre tu boca!

MADRIGAL

Tu vientre sabe más que tu cabeza
y tanto como tus muslos.
Esa
es la fuerte gracia negra

de tu cuerpo desnudo.
Signe de selva el tuyo,
con tus collares rojos,
tus brazaletes de oro curvo,
y ese caimán oscuro
nadando en el Zambeze de tus ojos.

ROSA TÚ, MELANCÓLICA

El alma vuela y vuela
buscándote a lo lejos,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo.
Cuando la madrugada
va el campo humedeciendo,
y el día es como un niño
que despierta en el cielo,
Rosa tú, melancólica,
ojos de sombra llenos,
desde mi estrecha sábana
toco tu firme cuerpo.
Cuando ya el alto sol
ardió con su alto fuego,
cuando la tarde cae
del ocaso deshecho,
yo en mi lejana mesa
tu oscuro pan contemplo.
Y en la noche cargada
de ardoroso silencio,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo
dorada, viva y húmeda,

bajando vas del techo
tomas mi mano fría
y te me quedas viendo.
Cierro entonces los ojos
pero siempre te veo
clavada allí, clavando
tu mirada en mi pecho
larga mirada fija
como un puñal de sueño.

MIGUEL BARNET

DICE IFÁ

Dice Ifá

que este año un pájaro negro subirá por el cielo
los amores del día
la aventura del mundo
lo que queda del sol en las paredes
que encaminan dos manos al oeste
dos ojos de la cara del dios de los caminos
una verdad posible
un muro de oleajes
y fantasmas en sombra

intolerantes

un desastre
que transforme la ceniza en agua
que desate la voz
a fuerza de decir miguel me falta el aire
una creencia
en medio de un error
como si todo fuera imaginar la vida
a ciertas horas del café en la calle

Voy a quitar la tierra de tus manos
aunque es seguro que el amor no es todo
y yo lo acepto como un fuego
o un territorio inevitable
porque quiero vivir
o resistir
sin miedos

FE DE ERRATAS

*Para Pablo Armando Fernández
para Denia, etc.*

Donde dice un gran barco blanco
debe decir nube
donde dice gris
debe decir un país lejano y olvidado
donde dice aroma
debe decir madre mía querida
donde dice César
debe decir muerto ya reventado
donde dice abril
puede decir árbol o columna o fuego
pero donde dice espalda
donde dice idioma
donde dice extraño amor aquel
debe decir naufragio
 en letras grandes

RAFAEL HERNÁNDEZ

POEMA DE AMOR

Te busco en la parte más baja de la dulzura
donde nos hemos vuelto adversarios.
Mis manos y mi boca y mis ojos te desconocen
en la oscuridad del amor.
Eres la transfiguración de todas las palabras
en un solo golpe de creencia mantenida,
la sabiduría en vez de la lógica
tan compleja como la luz de los vidrios.
Te busco en la región más endurecida
donde crecen todas las resistencias.
Te haces ajena entre mis brazos
como un territorio recién descubierto.
Vienes a destrozar mi cabeza contra tu vientre
cuando trato de abrirme paso por tu dulzura,
vienes a borrar las líneas de mi mano
cuando quiero infundirte dentro de mí.
Te gano, perdiéndome, enemiga.
Entro en ti como en un momento espeso
respirando el olor profundo de la tierra,
voy por ti guiado por tus manos
que me orientan como una constelación.
Después todo se incendia
y un agua oscura nos envuelve.

EMILIA BERNAL

LEVE

Dulcemente, apagado, todo leve,
adoro la elegancia con que grave
sabe insinuarse en el misterio y sabe
hacerse amar así. Tallo la nieve

que, apenas, si rozándola, se atreve
a acercarse a mi luz, porque no apague
el temblor de su sombra, la suave
ilusión, si acercándose, la mueve.

Leve su sombra es. Leve, imprecisa,
la sombra de sus ojos en la brisa.
La sombra de su leve voz, apenas

oye zurear la sangre entre las venas.
Y aún disuelta en la nada, su sonrisa
sombra de luz en leche de azucenas.

JUAN OSCAR ALVARADO

GOLONDRINA

Hermosa golondrina
que vuelas
por los cielos
de mi anhelo;
ven y pósate
en el hielo
de mi alma
pobre y buena.
Besa dulce
mi gran pena
y haz un nido
aquí en las ramas
de esta herida
que te ama.
Cubre de oro
el barro insano
donde lloro
cada noche
y luego canta
cual reproche
en un susurro
de palmera.
Rasga el vuelo
de mi angustia
con tu pico de marfil
descubriendo la hermosura
de mi espera.

Grita al viento
lo que siento
y liba el néctar
agridulce
de lamento.
Roba al sol
en un descuido
su fulgor
y cúbreme de luces
por amor.
Vuelo luego más allá
del arcoiris,
trayendo a mi capilla
la acuerela de su iris
y su arco de color.
Corta flores
en jardines invisibles
y coróname las sienes
con espinas perceptibles
de pasión.
Hermosa golondrina
que vuelas por los cielos
de mi anhelo,
rasga el velo,
rasga el velo
y tendrás como morada
mi alma buena,
mi capilla nazarena.
Siempre amiga,
siempre bella,
yo la amo...
¡ve por ella!

ÍNDICE

Sólo unas palabras... / 3

OLGA ALONSO

Poema / 7

MANUEL NAVARRO LUNA

Vienes del amanecer / 8

Nada / 9

RAÚL RIVERO

Donde clamo por Ángela / 11

Practicar el olvido / 12

JOSÉ Z. TALLET

Posibilidades / 14

Taedium carnis (Fragmento) / 14

Estrofas azules / 16

MARILÍN BOBES

26 de noviembre de 1977 / 19

CINTIO VITIER

Un golpe de recuerdos te modela / 20

A mi esposa / 21

JOSÉ ÁLVAREZ BARAGAÑO

Iluminación / 22

Sonata / 23

CARILDA OLIVER LABRA

Es una carta donde digo: amado / 24

GUILLERMO RODRÍQUEZ RIVERA

Receta de amor / 25

ELISEO DIEGO

La muchacha / 27

Retrato de una joven, Antioe, siglo II / 28

JUAN MARINELLO

Día / 29

Oro y ala / 30

Soneto imperfecto para la frente de Pepilla Vidaurreta / 31

JESÚS ORTA RUIZ, EL INDIO NABORÍ

Poema de tus manos / 32

Poema del árbol / 33

DOMINGO ALFONSO

Soneto / 34

NORBERTO CODINA

Un poema de amor, según datos demográficos / 35

LUIS ORENTE

Declaración de amor / 37

EMILIO BALLAGAS

Nocturno y elegía / 39

Elegía sin nombre / 42

FAYAD JAMIS

Abrí la verja de hierro / 47

Contéplala es muy bella / 48

Entre Tokio y Kioto / 49

MINERVA SALADO

Clásico / 50

Durante / 51

REGINO PEDROSO

La ruta de Bagdad / 52

El retorno inefable / 55

La exquisita amiga / 57

ALBERTO ROCASOLANO
Decir sus ojos verdes / 59

AGUSTÍN GÓMEZ-LUBIÁN
La rosa / 60

SERAFINA NÚNEZ
Estancia de lo eterno / 61

ADOLFO MENÉNDEZ ALBERDI
Mujeres / 62

ENRIQUE LOYNAZ
Entre los lirios / 64

DULCE MARÍA LOYNAZ
Tiempo / 65

MIRTA AGUIRRE
Elegías / 67
Cantares de mal de amores (Fragmentos) / 69

LUIS PAVÓN
De la noche ha llegado... / 72

NELSON HERRERA YSLA
Entré tú y yo / 73

FINA GARCÍA MARRUZ
Retrato de una virgen / 75
El huésped / 76

MARIANO BRULL
Epístola / 78
Desnudo / 79

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ
Suite para Maruja (Fragmento) / 80

SIGIFREDO ÁLVAREZ CONESA

Muchacha que salta las piedras de la muralla / 82

LUIS MARRÉ

Tierra niña / 83

La muchacha del río / 84

Liebeslieder / 84

CARLOS MARTÍ BRENES

En tu ausencia / 86

JOSÉ MANUEL POVEDA

La última amada / 87

Madrid regio / 88

Serenata / 88

WALDO LEYVA

Décimas para una muchacha de la infancia / 90

ÁNGEL AUGIER

Soneto / 92

Canción de plenitud / 93

LUIS DÍAZ

Para suponer un diálogo / 94

EDUARDO LÓPEZ MORALES

Canciones de Leocadia (Fragmento) / 95

NORBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

A la enamorada desconocida / 97

Nota junto a la almohada / 98

Hoy eres menos / 98

RAÚL FERRER

Minuto del beso / 100

REGINO BOTI

Mí amada y yo / 101

Schubert / 101
Nieve en el campo de luz / 102

LUIS SUARDÍAZ
Nocturno en Santa Lucía / 103
Todo lo que tiene fin es breve / 104
Tres tentativas de comunicación / 105

EFRAÍN NADEREAU
Historia de los Príncipes Negros y muchachas / 108

VÍCTOR CASAUS
De la historia universal / 109
Madrigal / 110

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ
Esta canción verdadera / 111
Exilada, en reposo / 112
Formas sólo / 113

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ
Ofelia / 114

ALEX FLEITAS
Alguien enciende las luces del planeta / 115

ADOLFO SUÁREZ
La vida viene / 116

SIDROC RAMOS
Los ojos de la amada en el amor / 117

OSVALDO FUNDORA
Exactamente esta noche / 118

FÉLIX CONTRERAS
La culpable / 119

PEDRO DE ORÁA

Tendida como una flor / 120

JOSÉ LEZAMA LIMA

Ah, que tú escapes / 121

Mi esposa María Luisa / 121

RAÚL GÓMEZ GARCÍA

Qué...? / 124

MARÍA LUISA MILANÉS

Jam Noli tardare / 125

ALBERTO RIERA

Amor, mi principal y diestro amigo... / 126

LUIS ROGELIO NOGUERAS

Materia de poesía / 127

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Ofrenda / 128

Declaración / 128

Canción del sainete póstumo / 129

FRANCISCO DE ORÁA

Bodas / 131

GEORGINA HERRERA

Simple es el saludo / 134

REINA MARÍA RODRÍGUEZ

Pestaña de madera / 135

OCTAVIO SMITH

La extraña oración / 136

ROBERTO BRANLY

La sequía (Fragmento) / 138

NANCY MOREJÓN

Te amo / 141

RAÚL LUIS

Versos del buen querer / 143

Doria / 144

RAFAEL ALCIDES PÉREZ

Crónica de amor (Fragmento) / 146

HELIO OROVIO

La P de Pilar / 148

ADOLFO MARTÍ FUENTES

Amor / 149

OSVALDO NAVARRO

Elogio de la belleza / 150

OTTO FERNÁNDEZ

Sin querer / 151

JOAQUÍN G. SANTANA

Giselle / 152

MARÍA VILLAR BUCETA

Enrique Loynaz / 154

FELIPE PICHARDO MOYA

Gata / 156

Sueño / 157

JORGE FUENTES

Leda / 158

SAMUEL FEIJÓO

Tranquila / 159

Hoy / 159

Despedida / 160

ELISEO ALBERTO DIEGO
Poema de amor a la salida de un cine / 161

JOSÉ MARTÍNEZ MATOS
Romeo y Julieta II / 162
Así como la noche / 163

DAVID CHERICAN
Catalina / 164

JESÚS COS CAUSSE
Historia cotidiana / 166
Que falta me hace una guitarra / 167

ROLANDO LÓPEZ DEL AMO
Elegía II / 169

ROLANDO ESCARDÓ
Fuego negro / 170
Poema / 170
Espera / 171

RAFAELA CHACÓN NARDI
Soneto por su voz / 173
Amor que nace con palabra pura... / 173

RENÉ LÓPEZ
Sensación / 175
Últimas flores / 175

NICOLÁS GUILLÉN
Un poema de amor / 177
Alta niña de caña y amapola / 179
Granate / 180
Madrigal / 180
Rosa tú, melancólica / 181

MIGUEL BARNET
Dice Ifá / 183
Fe de erratas / 184

RAFAEL HERNÁNDEZ
Poema de amor / 185

EMILIA BERNAL
Leve / 186

JUAN OSCAR ALVARADO
Golondrina / 187

Al lector

La editorial le quedará muy agradecida si recide de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo cabo, O'Reilly 4, esquina a Tacón, Municipio Habana Vieja, Ciudad de la Habana.

(Digitalizado por @ioriblade)